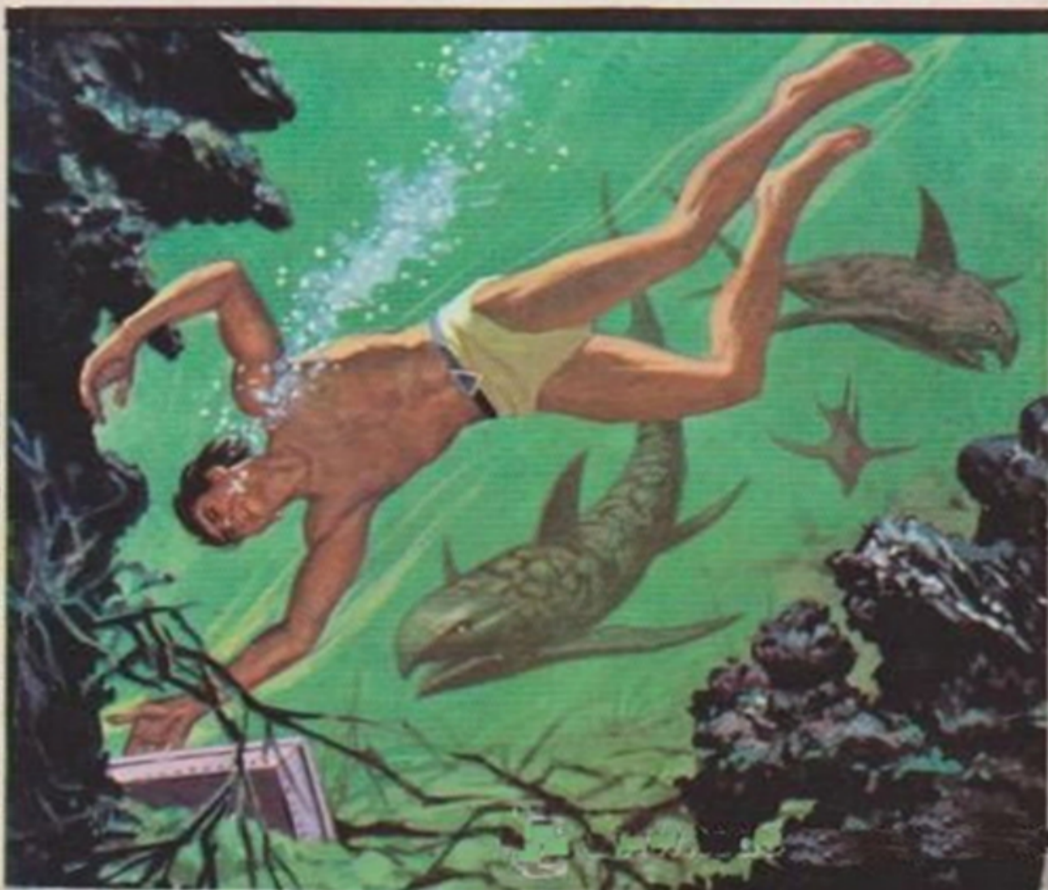
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

TILDRICH, BASE UNO

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



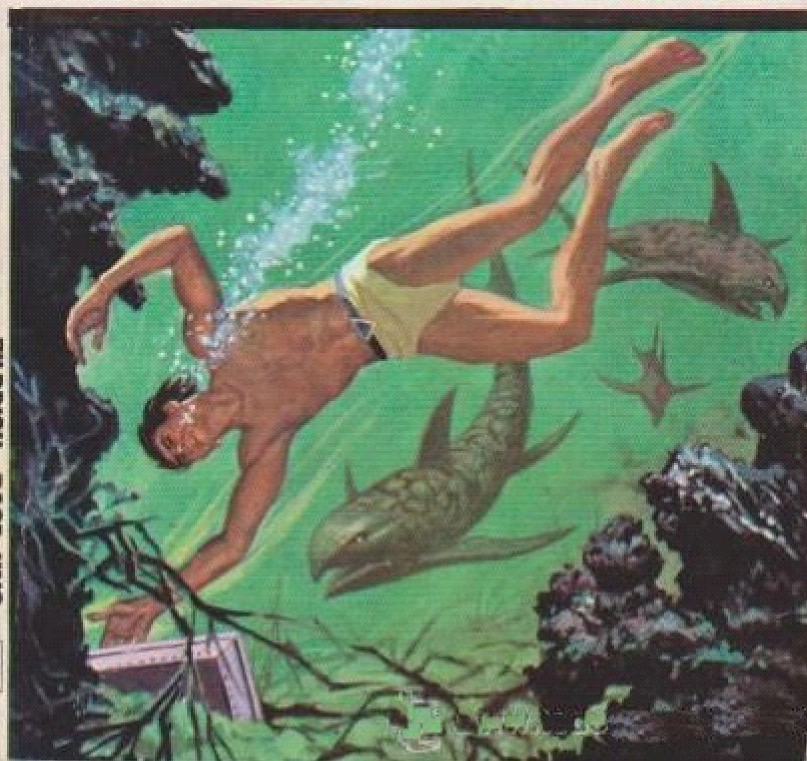
BOLSILIBROS BRUGUERA

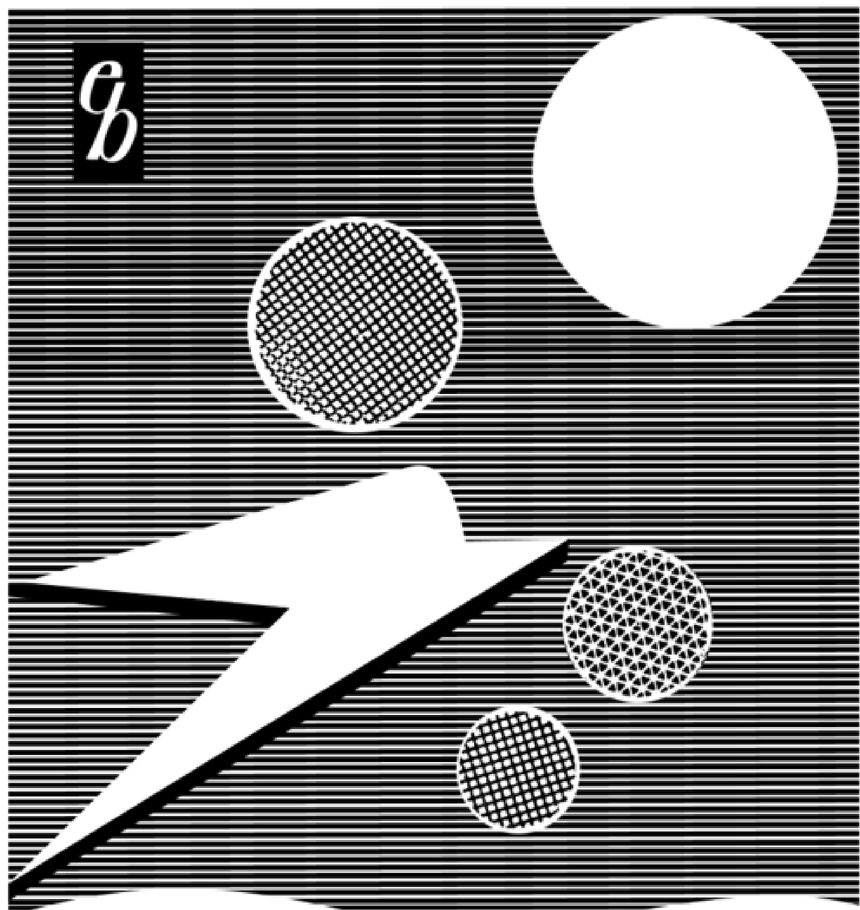
la conquista del ESPACIO

TILDRICH, BASE UNO

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

264 — *El planeta de la venganza*, A. Thorkent.

265 — *La rana*, Marcus Sidéreo.

266 — *Viaje a la locura*, Kelltom Mclntire.

267 — *Después del fin*, Burton Hare.

268 — *Yo vendí el planeta*, Curtis Garland.

KELLTOM McINTIRE

TILDRICH, BASE UNO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 269

Publicación semanal.

Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 32.878 – 1975

Impreso en España — Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1975

CAPITULO PRIMERO

Ben Kenorak llegó de muy mal humor al edificio de la Space Pólice, aquella madrugada.

En primer lugar porque le habían arrancado bruscamente de los brazos de Perla Bwangah, una perfecta antillana, de caderas electrizantes y fácil verbo sudamericano, que hacía las delicias de un anglosajón como Kenorak.

Pero dos hombretones de la Space Pólice le habían arrancado del «paraíso» donde se había refugiado con Perla. Y no habían sido aquellos policías demasiado complacientes.

Pero ahora se encontraba ante Rob Mashlyn, delegado para el continente americano de la Space International Pólice. Y Ben calló las frases que acudían a borbotones a sus labios.

—Buenas noches, Ben —dijo Mashlyn, muy amable—. Lamento haberle traído aquí contra su voluntad, pero necesito de usted.

Sobre la brillante mesa de níquel se deslizó un disco metálico.

—Son las instrucciones microfilmadas, Ben. No puedo darle demasiadas explicaciones. Lo que voy a decir a continuación tiene el valor de una orden terminante: debe emprender inmediatamente viaje a Tildrich. Usted está al tanto del proyecto «Tahoma». Y sabe, igualmente, que mis agentes Balch e Hirraney murieron recientemente en Tildrich. Eran policías muy expertos, hombres maduros, cautos y prudentes... Pero anoche la patrulla de Saturno abordó un vehículo a la deriva. Los cadáveres, absolutamente desecados, de mis hombres, sólo eran dos momias. Balch e Hirraney no van a poder celebrar la próxima Navidad con sus hijos, ni con sus esposas...

Mashlyn hizo un alto.

En realidad, espiaba de reojo la expresión de Kenorak. Pero el agente de la SIP no parecía emocionado.

¿Era posible?

Mashlyn sabía muy bien que Kenorak era un amigo entrañable de aquellos dos excelentes policías asesinados, Georgiy Balch y Arthur Hirraney.

Kenorak, Balch, Hirraney… Tres hombres que habían estado unidos por algo más que la simple camaradería o por el culto a la amistad.

Pero Mashlyn conocía muy bien a Kenorak, el hermético. Sabía que Ben era muy capaz de disimular hasta sus más íntimos y emocionales sentimientos.

Por eso, Mashlyn volvió a hablar:

—Tendrá que volver a viajar, Ben. ¡Sí, sí, ya lo sé! Usted se encuentra muy bien aquí, en la Tierra, realizando investigaciones rutinarias, convocando bacanales en su casa de Miami, y paseando en su vehículo a una belleza distinta cada día… Tengo filmados, minuto a minuto, todos sus pasos en los últimos diez días, Ben. Pero ahora se trata de algo muy serio y urgente. Usted sabe que el SIP no puede permitir que se asesine impunemente a sus agentes. ¿Sabe, por el contrario, la misión que llevó a Balch y a Hirraney al planeta Tildrich?

—Sí —dijo únicamente Kenorak.

Inútilmente esperó el jefe Mashlyn que Ben hiciera cualquier comentario. Ni siquiera expresó su pesar por la muerte de sus dos únicos amigos.

—Ya —murmuró Mashlyn, decepcionado—. Supongo que Luisa Moore llorará cuando usted salga en el «SIP- PATROL», dentro de una hora… También la deliciosa Terry McIntire se sentirá muy sola cuando despierte en una habitación del hotel Dione… Pero óigame bien, Ben Kenorak, sus compañeros fueron enviados a Tildrich cuando tuvimos pruebas en nuestro poder que demostraban que el coronel Widiard estaba distribuyendo drogas entre los indígenas…

Era rigurosamente cierto. En la caja blindada del jefe Rob Mashlyn se guardaban aquellos documentos, que refrendaban que el delegado especial Widiard, en el lejano planeta Tildrich, había iniciado un movimiento independentista entre los tildrichen o nativos de Tildrich.

El IC —Consejo Internacional— se había reunido a las nueve de aquella noche. Y su resolución estaba en poder del jefe Mashlyn, del SIP, y también en el disco de información microfilmada que el jefe de policía había dejado sobre la mesa, al alcance de la mano de Ben Kenorak.

—Hay que anular a Widiard y a su movimiento —dijo Mashlyn, con voz grave—. Todos los países asociados al IC están de acuerdo:

hay que aplastar a Widiard antes de que los nativos de Tildrich se dejen dominar por el demonio de las drogas. No nos mueve a esta decisión ningún interés económico, sino sólo el humano. Los tildrichen son unos seres ingenuos, elementales, fáciles de convencer... Widiard es un fanático, y fácilmente los llevaría al exterminio.

Kenorak se puso en pie.

No miraba ya a los dos cíclopes negros que permanecían a su espalda. Ni parecían impresionarle mucho los dos formidables agentes del SIP y sus descomunales musculaturas. Ni siquiera sus modernísimas armas *whithix*, de lanzarrayos paralizantes.

—¿Por qué tanta algarada? —preguntó, cínico—. El SIP mantiene continuamente en pie a sus divisiones especializadas. Con una sola de ellas bastaría para aniquilar a Widiard y a sus potenciales seguidores.

Mashlyn le miró, severo.

—El International Council no desea una matanza inútil, Ben. ¿O es que no puede comprenderlo? Ha bebido mucho champaña esta noche, imagino. Pero yo apelo ahora a su sensatez. Queremos que usted viaje hasta Tildrich como un ciudadano cualquiera, que investigue, que espíe a Widiard. Y luego... que le elimine.

Kenorak, que se disponía a hablar, quedó rígido.

—He oído algunas veces esa orden terminante: *Mate usted a* «X». He cumplido, en contra quizá de mis principios éticos, porque un agente SIP debe ser obediente. Sin embargo, ¿Widiard es tan importante como para asesinarle? —preguntó, entornando sus ojos dorados y vivaces.

Mashlyn disimuló un gesto de impaciencia.

—Creo que debo informarle con exactitud: Widiard se ha puesto en contacto con Mordee, en el asteroide Huyax, y también con el rebelde João Terreira, en el planeta Tenx-Akuch, de las Iades. El movimiento de Widiard, un hombre egoísta y cruel, podría ser muy perjudicial para la paz del espacio... Ahora que lo sabe todo, ¿cuál es su respuesta?

De repente, Ben Kenorak dejó escapar una carcajada, que resonó metálicamente en el enorme despacho de Rob Mashlyn.

—¿Se ríe? —exclamó Mashlyn, estupefacto—. ¿Puede explicármelo? Tal vez encuentre algo gracioso en todo este asunto, y pueda reírme con usted.

Pero Kenorak, al observar el gesto grave de Mashlyn, volvió a reír con redoblados ímpetus.

Cuando su risa se apaciguó, puso sus grandísimas manos sobre la mesa metálica y confesó:

—Mi risa es espontánea, señor. En verdad, me divierte mucho que me envíe al lejano Tildrich. ¿Ha leído algún tratado de etnología del planeta Tildrich? ¿No? Yo voy a facilitarle algunos datos. Por ejemplo… Hay tres mujeres tildrichen por cada hombre. Y, confidencialmente, le diré algo más: he sabido que esas mujeres son apasionadas, infatigables y absorbentes. Y todavía más: prefieren a los terrestres… como yo.

Rob Mashlyn se irguió en su silla, dispuesto a hacer callar al arrogante Kenorak.

Pero, finalmente, debió pensarlo mejor y no dijo nada.

CAPITULO II

En su cabina» Ben Kenorak no podía percibir el menor sonido. El sistema de insonorización del vehículo «SIP-PATROL» era, en verdad, muy efectivo.

Ben se dejó caer perezosamente sobre un diván. Sabía que iba a aburrirse mucho durante los monótonos veintidós días de navegación, hasta descender en un punto ignorado de Tildrich.

Añoraba, sí, la compañía femenina. Pero las autoridades superiores de la Space International Pólice eran personas inflexibles y austeras como Mashlyn, y no permitían que ninguna mujer viajase a bordo de las astronaves especiales, en servicios secretos como el que acababa de iniciarse.

No sabía qué hacer. Y se sentía, entre los limitados confines de la nave espacial, como un cadáver en su ataúd.

En el bolsillo disco blindado, con la le había entregado el jefe Mashlyn.

En la cabina había un *movie-play*, y Kenorak se sintió tentado. ¿Por qué no distraerse con aquellas órdenes

Se incorporó, sacó el disco, lo abrió con un llave cromada y sacó el filme-*cassette*. Con mucho cuidado lo introdujo en el alojamiento del compacto revelador fílmico y pulsó el motor de reproducción.

Ya se dejaba caer sobre el cómodo diván de polietileno, cuando creyó escuchar un rumor al otro lado de la escotilla metálica de entrada.Despacio, se puso en pie. Y sus sentidos se agudizaron, prestos a captar cualquier movimiento o sonido en el exterior.

Pero aquel chasquido no volvió a repetirse. Kenorak oprimió el botón electrónico y la escotilla quedó cerrada por dentro.

La luz se suavizó automáticamente. Y en la pantalla frontera surgieron las imágenes de unos extraños seres velludos, que rodeaban a un terrestre de apariencia normal.

—Este es Boe Widiard —sonó una voz, en la que Kenorak reconoció la del jefe Mashlyn-—. Mayor del ejército norteamericano, miembro de las fuerzas del Consejo Internacional desde 2451, lo que significa que Widiard lleva en Tildrich casi nueve años. Observe a los

nativos... Los hombres son altos, más altos que nosotros los terrestres. Sus brazos son exageradamente largos, señal inequívoca que revela que, hasta hace pocos siglos, llevaron una vida eminentemente arborícola. Vea sus cráneos, calvos en la parte superior. Sus cabellos arrancan desde los parietales y el occipucio. Las mujeres...

Kenorak se incorporó.

Las mujeres que rodeaban a Widiard eran muy bellas, aunque sus facciones tuviesen un tono cobrizo.

Y sus cráneos no estaban parcialmente calvos. Sus oscuras cabelleras caían, abundantes y frondosas, sobre los exóticos rostros brillantes, y se desparramaban sobre sus senos henchidos.

—Las mujeres tienen calva la parte superior del cráneo, igualmente. Pero su innata coquetería las obliga a cubrir la calvicie, dejándose crecer los cabellos, que sujetan arriba con un raro artificio a base de algo que podríamos llamar imperdibles o clips de hueso...

Kenorak tragó saliva. En la pantalla, una docena de mujeres tildrichen, absolutamente desnudas, bailaban ante Boe Widiard, en una ceremonia que podría traducirse como bienvenida o reverencia.

—No me importará que tengan calvo su cráneo, si son capaces de presentar tan atractivo aspecto—murmuró Kenorak.

Pero la imagen desapareció. Y en su lugar apareció un complejo industrial, formado por cilíndricos depósitos metálicos.

—Este es el centro Bagur-Sho, almacén de módulos nucleares de energía, adaptable a cualquiera de nuestros vehículos espaciales o a las plantas de potencia, construidas en Tildrich. Bagur-Sho está en poder de Boe Widiard, que recientemente fue ascendido a coronel. Un error: en cuanto tuvo el poder sobre el planeta, Widiard comenzó a pensar que podría erigirse en emperador de las Iades.

A pesar de toda la información que estaba recibiendo, Kenorak se dijo que Boe Widiard no le resultaba del todo antipático.

En los primeros fotogramas había estudiado a Widiard muy a la ligera.

Era alto, casi tanto como los tildrichen. Sus rubios cabellos ondeaban al viento como un halo dorado encuadrando un rostro alargado, de barbilla puntiaguda, boca de labios firmes y duros, plegados en una sonrisa, y ojos azules, metálicos, capaces de captar cualquier voluntad.

En la pantalla del *movie-play* seguían dándose datos sobre Widiard. Era norteamericano, aunque de procedencia teutona. Su genealogía se alargaba hasta el insigne y controvertido canciller Otto Bismarck, apodado el «Canciller de Hierro», un formidable militar que se había hecho famoso seis siglos atrás.

—Vea a este hombre —la voz de Mashlyn interrumpió sus pensamientos—. Es Romano Lettera. Italiano, treinta y dos años. Fugado de un campo de condenados cercano a Anseghem, próximo a Bruselas (Bélgica). Lettera, convicto y confeso de haber realizado espionaje en la Tierra, a expensas de Wom Mordee de Huyiax, logró escapar y ocultarse en una de las naves-transporte con destino a Tildrich. Romano Lettera se ha ganado la confianza de Boe Widiard. Un individuo sutil, rastrero y cínico, muy digno de tener en cuenta...

Kenorak veía a Romano Lettera en la pantalla.

No parecía más que un alegre sinvergüenza latino, dispuesto a huir de la justicia terrestre y a pasarlo bien entre las mujeres tildrichen, oculto en cualquier aldea del extensísimo planeta, 1.800 veces superior a la Tierra, y un millón de veces más rico en recursos energéticos y alimentarios, puesto que tanto su superficie como su subsuelo permanecían prácticamente vírgenes. (El primer terrestre, Franco Velázquez, había llegado a Tildrich apenas ciento diez años antes.)

—En orden de prioridad elegiríamos, sin dudar, a Romano Lettera sobre Boe Widiard, pues si bien Widiard es un fanático equivocado, Lettera es un maníaco, con claros instintos criminales. He aquí la relación de sus crímenes, rigurosamente comprobados...

Mientras veía y escuchaba, Kenorak se preguntó cómo un hombre de apariencia tan agradable y simpática, podía ser un asesino.

Pero las pruebas eran irrefutables: Romano Lettera había cometido once asesinatos y multitud de robos, estafas y otros delitos de menor cuantía.

—Ya ha conocido a los hombres contra los que tiene que luchar —seguía la vibrante voz del jefe Mashlyn—. Retenga sus imágenes en su cerebro, pues esta documentación se borrará hasta desintegrarse dentro de pocos minutos. Y ésta es la orden decisiva: elimine a Boe Widiard, pero no olvide que los tildrichen le aman y le tienen por único jefe, por cabeza indiscutible. Y por último, no olvide a Romano Lettera. Si ese asesino llegase a sospechar que usted es un enviado del SIP, no dudaría en hacerle matar apenas ponga sus pies en Tildrich.

Una voluta de vaho amarillento surgió del *movie-play*. La documentación microfilmada acababa de desintegrarse, sin dejar rastro.

Kenorak se relajó.

Conocía el resto de las instrucciones, que el mismo Mashlyn le había comunicado de palabra.

El vehículo «SIP-PATROL» tomaría tierra cerca de Daganhga, la base número uno del Consejo Internacional terrestre en Tildrich.

El vehículo aterrizaría discretamente en los bosques situados en el macizo montañoso de Kil-Edra, pico de 18.700 metros, un lugar silencioso y rodeado eternamente de brumas azuladas.

Kenorak debería hacerse pasar por uno más de los componentes de la colonia terrestre en Daganhga. No sería difícil, puesto que allí vivían casi un millar de *terrish*, es decir, terrestres que poseían factorías, plantaciones y minas.

Había una mujer, llamada Bindrah, que le serviría de enlace y ayuda en caso de necesidad.

¿Quién era Bindrah?

Mashlyn se lo había explicado detalladamente. Era una joven tildrichen, que había organizado en Daganhga el negocio más antiguo y fructífero del mundo: la prostitución.

Bindrah había aprendido, gracias a los *terrish* y unos cuantos nativos de Venus, llevados como cobayas a Tildrich, a saborear el poder, la riqueza y la comodidad.

Pensando en todo ello, Ben Kenorak se quedó dormido sobre el diván. Faltaban algo más de veintiún días para tomar tierra en Tildrich, *el-Planeta-Verde*.

CAPITULO III

En Kogool, un suburbio de Daganhga, existía algo similar a una taberna. Los tildrichen le habían puesto un nombre que, traducido siquiera por aproximación a nuestro idioma, podría equivaler a *Infernolandia*.

Su propietario era un constructor de viviendas, francés, un estafador que había tenido que huir de su país, so pena de terminar sus días en prisión.

Aquel hombre se llamaba Pep Julián, y era muy ingenioso.

Para él nada tenía que ver que el IC hubiera entregado a los nativos tildrichen modernísimos *video-teach*, aparatos que permitían aprender rápidamente la lengua, la escritura y la cultura terrestres.

Julián, con mucho, era capaz de engañar a cualquier nativo, a pesar de la reciente cultura aprendida por medio del *video-teach*.

Ben Kenorak llegó a Kogool a bordo de uno de los sucios *trans* o módulos a ruedas movidos por cartuchos nucleares que el coronel Widiard había dispuesto para el transporte de personas a través de la zona explorada y habitada del planeta Tildrich.

El *trans* tenía sus amortiguadores a gas absolutamente gastados, y el vehículo saltaba y rebotaba sobre el estrecho sendero, en mitad de la selva virgen. Tan violentos eran los saltos del vehículo, que podía afirmarse que la mitad del tiempo empleado en el viaje, los viajeros estaban en el aire.

Kenorak, sin embargo, no tomó en cuenta lo accidentado e incómodo del viaje desde la selva de Huro, a unas cien millas de Daganhga.

Le fascinaba aquella espesa selva de árboles que alcanzaban los doscientos metros de altura.

Y su fauna, compuesta en su mayoría por aves de plumas fuertes como cerdas o pequeños animalillos de vida arborícola, tan rápidos y vistosos como las ardillas.

Antes de llegar a Kogool, un extraño animal se arrastró bajo las ruedas neumáticas del *trans*.

Era de cuerpo cilíndrico y brillante, de corto pelo rojizo, unos tres metros de longitud, y una rarísima serie de patas igualmente peludas.

El vehículo, cargado con unas treinta personas, pasó sobre él y pareció aplastarle.

Kenorak disimuló un gesto de repugnancia. Pero cuando volvió la mirada atrás, incapaz de resistirse a la tentación de mirar, vio con gran sorpresa que el enigmático animal seguía su marcha hasta desaparecer en la jungla, como si no hubiese recibido el menor daño.

—¿Mamífero, reptil…? —se preguntó Kenorak, pensando en el rarísimo espécimen.

No supo responderse.

En verdad, Tildrich estaba sin explorar. No se había catalogado aún su rica fauna ni su arrolladora flora, y apenas si se tenían algunos pocos datos sobre las circunstancias y costumbres de sus habitantes humanos.

Según sabía Kenorak, no eran mucho los tildrichen: poco más de medio millón en un planeta con una superficie de 610.000 millones de kilómetros cuadrados, es decir, 1.200 veces superior a la tierra, aproximadamente.

Kenorak viajaba en el *trans* rodeado de una maloliente y vociferante muchedumbre de tildrichen, que ! apenas tapaban su desnudez con un somero taparrabos de tejido acrílico, facilitado por la Base Uno, dependiente del coronel Boe Widiard.

Entre aquellos hombres y mujeres, Kenorak —que medía un metro noventa y ocho centímetros de estatura— sólo era un hombre corriente.

Podía diferenciarse de los nativos en que su cráneo estaba completamente poblado por cabellos negros y rizosos, un tanto largos, y también en sus facciones, más claras que aquellas cobrizas, casi rojas, de los tildrichen.

Lo peor era el hedor… ¿Cómo podían oler tan detestablemente? Viajaban en el *trans* algunas jóvenes nativas, de formas ideales, plásticamente extraordinarias, con sus largos cabellos peinados de forma que no se advirtiera su cráneo calvo, mostrando libremente sus duros y bien formados senos.

Para Kenorak hubiera sido un placer inmenso contemplar a aquellas jóvenes mujeres… si no hubiesen olido tan mal.

Pero la promiscuidad, la falta de espacio, el recinto apenas sin ventilación del vehículo, el hedor a sudor y a... Todo ello barraba para Kenorak la delicia que suponía mirar a las mujeres tildrichen.

En el fondo, no podía quejarse.

Durante los veintidós días de viaje a bordo del «SIP- PATROL» le habían permitido aprender dos o tres centenares de frases elementales, que componían el idioma de los nativos de Tildrich.

Había que preguntar, por ejemplo, en tildrichish o lengua de Tildrich:

—*¿Puede-darme-una-cerveza? Estoy-sediento. Gracias*.

Todo ello en rápida y gargarizante secuencia, lo que exigía una atención suma y un oído privilegiado, si se quería entender.

Viajando en aquel extraño y bamboleante vehículo, Kenorak se sintió por un momento como un pastel a la boca de un hormiguero.

El veloz «SIP-PATROL» le había dejado en las selvas de Huro, y en seguida había vuelto a elevarse, hasta desaparecer por encima del majestuoso Kil-Edra.

Kenorak permaneció escondido mientras la astronave se elevaba por encima de las altísimas copas de los helechos gigantes y de los líquenes espesos como matorrales.

Un vago malestar le asaltó entonces. Por primera vez Ben se sentía solo e indefenso. A pesar de que había realizado dificultosos y arriesgados servicios en lugares tan distantes como Dione, Ppurn o incluso Harill, en los confines de la Vía Láctea.

Cuando su único vínculo con la tierra desapareció, Kenorak llenó sus pulmones de aire, consultó su orientador electrónico, incrustado en la hebilla de su cinturón, y se puso en marcha.

—Al fin y al cabo, ¿qué diferencia hay? —se dijo alegremente.

Con un esfuerzo de imaginación, podía hacerse la cuenta de que se encontraba en Africa Central o quizá en los escasos reductos arbóreos de la Amazonia.

¿Qué diferencia había, pues?

—Toda —murmuró, sombrío.

No podía ser más diferente todo cuanto le rodeaba.

La jungla era espesa y verde, era cierto. Pero Kenorak no conocía ni una sola de las frondosas plantas entre las que tenía que abrirse camino.

¿Qué reacción puede tener una persona normal, cuando un insecto del tamaño de una perdiz comienza a revolotear alrededor?

Como Kenorak, sentiría una repugnancia infinita. Y algo más: pánico.

Cuando aquel enorme y peludo *gozl* zumbó sobre su cabeza, Kenorak estuvo a punto de disparar sus armas paralizantes. Pero no lo hizo.

Los tubos cromados de los *stoppers* estaban incrustados en sus antebrazos, es decir, bajo la piel.

Sus bocas de fuego estaban perfectamente disimuladas bajo los aros de oro que Ben llevaba en cada muñeca.

Bastaba concentrar su mente, transmitir la orden, doblar la muñeca y apartar el brazalete dorado: los nervios accionaban en centésimas de segundo el disparador de la carga micro-láser, y el rayo partía con una seguridad al cien por cien.

Pero cada uno de los dos tubos sólo podía dispararse diez veces. Es decir, veinte disparos paralizantes en total

No era demasiado para encontrarse en un lugar extraño y peligroso, donde todos eran potenciales enemigos, Se imponía economizar sus rayos.

Por eso, cuando el *gozl* se aproximó de nuevo y zumbó cerca de él, Kenorak sacó de un bolsillo su pitillera de vanadio azulado y pulsó el mismo resorte que servía normalmente para sacar un cigarrillo.

El zumbador electrónico emitió su vibro-ondas, y el *gozl* se alejó inmediatamente y no volvió a aparecer en su camino.

—No se parece en nada a lo que he visto —se repitió Ben, muy cerca ya de la senda que conducía de Huro a Kogool.

Y pensó que si arrojaba en aquel suelo un puñado de maíz, los tallos alcanzarían poco después treinta metros de altura, y las mazorcas tal vez pesasen dos toneladas cada una.

Tampoco el brillo del sol de Tildrich era semejante al de la Tierra. ¿O era la extremada riqueza en oxígeno de su atmósfera? ¿O el reflejo

de la enmarañada, constante y espesa jungla?

—En cualquier caso, tiene un tono verdoso —observó Kenorak, mirando por encima de las copas de los árboles. Y se refería al firmamento.

A menudo, tenía que saltar por encima de raíces tan gruesas como el brazo de la estatua de la Libertad.

De cuando en cuando escuchaba, en la espesura, un vagido estremecedor que le obligaba a detenerse, a aplastar su cuerpo junto a una de aquellas monstruosas raíces.

E incluso en una ocasión le pareció vislumbrar el movimiento, entre dos troncos como torres de catedrales, de una enorme superficie marrón-grisácea.

¿Un animal mastodóntico, un macro-ser vivo de aquella agobiante jungla?

Kenorak prefirió no comprobarlo.

Pero cuando el fragor de troncos rotos y de chasquidos estrepitosos se alejó, Kenorak se apresuró a proseguir su marcha hasta la carretera, ansioso por alcanzar la senda Huro-Kogool.

El *trans* llegó a las treinta y dos cincuenta —el día de Tildrich, calculado por los científicos terrestres, era de cuarenta horas justas—. cuando Kenorak comenzaba a sentir algo que se asemejaba mucho al miedo y al desamparo.

Alzó el brazo, cuando vio acercarse al grotesco vehículo cuadrado, de gruesos cristales irrompibles.

Un frenazo arrojo mantillo húmedo sobre el rostro de Kenorak. Y sin embargo el hombre sonrió, gozoso por saberse acompañado en la jungla sin fin.

El hombre que conducía el *trans* era un indígena, tocado ridículamente con un casco de bombero. ¿Quería significar con ello la importancia de su cargo en el atestado vehículo?

—¿Hay-sitio-libre? —le preguntó Kenorak—. Necesito-trasladarme-a-Daganhga-urgentemente.

—Suba. Hay-mucho-sitio —respondió el conductor con casco de bombero.

¿Mucho sitio?

Kenorak se vio en dificultades para subir, entregar una de aquellas fichas metálicas al conductor —los del SIP le habían llenado los bolsillos y las botas de ellas— y alcanzar la parte trasera del vehículo.

Podían utilizar «overcrafts», vehículos sobre un colchón de aire comprimido, muy avanzados, que podían deslizarse a grandes velocidades sobre una superficie medianamente plana, pensó Kenorak.

Pero cuando pudo comprobar el trazado sinuoso, irregular, accidentado y peligroso del sendero en la jungla, Kenorak tuvo que reconocer que sólo aquel rústico y duro *trans* podría cubrir el trayecto y llegar a su destino.

Cuando se acercaban a Kogool, suburbio de Daganhga, Kenorak advirtió la gigantesca llamarada que consumía la selva a la derecha de la senda.

Los tildrichen no parecían interesados en el fuego, y Kenorak no quiso preguntar por no hacerse sospechoso.

Poco después sabría, sin embargo, el motivo de aquel fuego: era la única forma de ganar un poco de terreno a la selva. Cuando el fuego había convertido ,una gran porción en cenizas, los nativos cubrían el suelo de herbicidas y tóxicos poderosos, qué impedían que volviera a brotar la arrolladora vegetación.

Anochecía cuando llego a Kogool. Pero en Tildrich el anochecer duraba una hora.

En verdad, nunca dejaba la inmensa selva de aparecer iluminada, debido a las once lunas o satélites de Tildrich. Durante la noche, los satélites se alternaban en iluminar la superficie, con su enigmático fulgor sonrosado.

Kenorak tenía hambre y sed, después de la gran caminata a través de las selvas que rodeaban las estribaciones del macizo Kil-Edra. Y decidió buscar discretamente un lugar donde satisfacer ambas necesidades!

Kogool, los arrabales, estaba formado por un curioso conjunto de viviendas prefabricadas, llevadas a Tildrich por el IC, y las insólitas barracas de arcilla construidas por los nativos.

Los tildrichen construían sus casas con barro fino. Cada vivienda estaba formada por un conjunto de tres o cuatro módulos de forma

esferoidal, que se comunicaban entre sí por unos pasajes tubulares, muy angostos.

Pero su técnica para construir aquellas casas no era del todo rústica: construidos los nódulos y sus pasadizos, los nativos esperaban hasta que todo el conjunto se hubiera secado completamente al sol. Luego, amontonaban sobre la casa enormes cantidades de grandes leños de *ptxi,* una madera tan dura como el hueso, y les prendían fuego.

Así, el barro cocido se volvía duro y resistente, aunque el aspecto exterior de aquellos nódulos fuese de un tono gris oscuro, muy poco vistoso.

La iluminación artificial estaba ya encendida. Sobre todo Daganhga se esparcía la luz clara, espectral, de la gigantesca lámpara suspendida de un globo, alimentada por uno de aquellos versátiles cartuchos nucleares.

También brotaba un fuerte chorro de luz a través de las ventanas de una de las viviendas prefabricadas *terrish*, es decir, traídas por los terrestres.

Con un gran rotulador de fósforo, alguien había trazado sobre la fachada aquellas toscas palabras:

«*Pep Julián, Restaurante-Bar*».

Kenorak se abrió paso entre la muchedumbre tildrichen y caminó hacia allá.

Al dirigir sus ojos hacia la colosal urbi-lámpara colgada en el cielo de Tildrich, algo le dejó petrificado: una nube de enormes insectos volaba alrededor de la lámpara, y el zumbido de sus alas podía oírse perfectamente a centenares de metros de distancia.

Sin embargo, ninguna de las personas que le rodeaban parecía demostrar gran interés por el desagradable espectáculo.

Finalmente, Kenorak se encogió de hombros y se aproximó a la fachada metálica del negocio de Julián.

No había hecho más que empujar la puerta cuando escuchó el sonido de un golpe sordo, seguido de un alarido de dolor.

CAPITULO IV

Pep Julián estaba a un extremo del local y golpeaba a un nativo en la espalda con una gruesa estaca.

Cierto que Pep Julián era enorme. De unos dos metros de estatura, hombros robustos, ventrudo, rojo el rostro, larguísimos brazos como troncos de árbol, debía poseer una fuerza física colosal.

Lo curioso, sin embargo, era que el tildrichen que aguantaba estoica y pasivamente los estacazos, era tan fuerte o más que el propio Julián.

El francés lanzaba grandes risotadas que estremecían su enorme vientre, e iba contando, al tiempo que dejaba caer la temible estaca:

—...Veintiuno, veintidós, veintitrés... ¡ja, ja!, y veinticuatro. Está bien, Brux, se ha terminado.

—¿Qué diablos significa todo esto? —preguntó Kenorak, sin poder contenerse.

Veía la sangre fluyendo abundante de la espalda de aquel nativo, y la indignación bullía en su corazón con fuerza incontenible.

Julián se volvió hacia la puerta.

Tenía un solo ojo, muy brillante, enrojecido, que taladraba a Kenorak malignamente.

El otro ojo se lo habían saltado en Barcelona, en una riña de taberna. Tenía un aspecto desagradable, con su cuenca vacía y enrojecida, como una llaga incurable.

Kenorak aguantó su penetrante mirada, mientras Julián se acercaba a él.

Por un momento, Kenorak se aprestó a defenderse, temiendo que el francés decidiese utilizar su estaca contra él.

Pero luego Julián estalló en una formidable risotada, y dejó su estaca sobre el mostrador de pulido duraluminio.

—¿Quién es usted? No le conozco... Sin duda, hace poco tiempo que llegó a Tildrich, ¿no es cierto? —preguntó, sin dejar de observar a Kenorak con gran interés.

Ben se inquietó. Tal vez había cometido un desliz, interviniendo en aquel asunto. De ninguna forma le interesaba que sospechasen de él.

Forzó una sonrisa y respondió:

—Se equivoca, amigo. Soy Davis, asesor del coronel Boe Widiard. Pero es la primera vez que visito su negocio.

Julián se mostró amable inmediatamente.

—Ah, ah, asesor de nuestro querido coronel Widiard, ¿eh? Le atenderé en seguida. ¡Eh, Mojul, maldito haragán! ¿Quieres atender de una maldita vez a este caballero? —gritó con su potente vozarrón.

Un chico tildrichen, apenas vestido, surgió de alguna parte y se acercó a Kenorak.

Pidió una cerveza, y bebió con ansia el fresco y burbujeante líquido. Pero Julián permanecía junto a él, interesado al parecer en explicarle algo.

—¿No conoce el juego del bastón? —preguntó, mirando a Kenorak de pies a cabeza—. Usted parece un hombre muy bien dotado muscularmente, señor Davis. ¿Le gustaría jugar conmigo?

Al fondo se encontraban seis o siete *terrish*, que se acercaron muy interesados al oír la proposición del dueño del negocio.

—¿De qué se trata? —preguntó Kenorak, imperturbable, aunque experimentaba cierta inquietud interior, acentuada por las sonrisas de aquellos borrachines *terrish*.

—Oh, es muy divertido. Un juego a propósito para distraer los largos días de Tildrich. Verá, señor, aquí no existen muchas diversiones, excepto las mujeres, las

peleas de *gleens*, la bebida y... el juego del bastón, que yo traje de España.

—Explíquemelo —pidió Kenorak, tras terminar su cerveza.

—Es fácil: los dos contendientes se sientan en el suelo, unen sus pies y agarran la estaca. Cuando otra persona da la señal, ambos jugadores tiran hacia sí, asta que uno de ellos consigue despegar del suelo a su contrario. En España, el vencido suele perder una cantidad de dinero... Aquí es más fácil: sólo recibe dos docenas de estacazos, señor Davis.

Sonreía solapadamente, aguardando la respuesta de Kenorak.

Ben no tenía ganas de jugar y le desagradaban profundamente aquellas salvajes apuestas.

Pero, en un rincón, el nativo golpeado por Julián seguía gimiendo sordamente, tras la bestial paliza recibida.

Y aquello le obligó a decidirse:

—¿Por qué no? Jugaré con usted, Julián. Con una condición.

A Pep le relució extraordinariamente su único ojo.

En verdad, él conocía todos los trucos de aquel juego, y jamás nadie había podido vencerle.

¿Por qué no dar una lección al atlético y guapo Davis?

—¿Una condición? Expóngala —respondió, ansioso.

—Serán tres docenas de golpes. Usted es un hombre muy resistente.

—De acuerdo. Eso... ¿quiere decir que piensa ganar?

—Así es —afirmó Kenorak, con sencillez.

—Está loco, ¡ja, ja! Pero, en fin, preparémonos. Siéntese en el suelo, con las piernas extendidas, señor Davis —invitó su corpulento contrincante.

Ben se sentó. Y Julián hizo otro tanto frente a él.

—¡Eh, tú, Barad! —gritó Julián a uno de los *terrish* que contemplaban la escena sin pestañear—. Contarás hasta cinco. Cuando oiga cantar el número cinco, ¡tire con todas sus fuerzas, señor Davis!

Tomaron la gruesa estaca y agarraron con fuerza, tensando sus músculos.

Luego Barad, un hombre de rostro abotargado y picado de viruelas, comenzó a contar lentamente:

—Uno... Dos... Tres... Cuatro...

Antes de que Barad pronunciase la palabra «cinco», Julián dio un tremendo tirón.

Asombrado, miró a Kenorak, al advertir que éste no se había

despegado del suelo un solo centímetro.

El francés hinchó su ciclópeo tórax de aire, y sus músculos se contrajeron espectacularmente, iniciando un nuevo intento.

Kenorak había concentrado su mente cuando Barad comenzó a contar. Injertada bajo su cráneo estaba su célula concentradora de energía nerviosa, capaz de emitir, en una centésima de segundo, una descarga excitante potentísima. Excitados por la descarga, sus músculos serían capaces de generar una potencia diez veces mayor de la normal, aunque de escasa duración.

Julián estaba ya tan sofocado por el gigantesco esfuerzo, que su rostro tenía una curiosa semejanza con un gran tomate maduro.

Entonces Kenorak envió la orden a su centro nervioso, y la célula descargó, fulminante, su descarga.

Sus músculos se dilataron. Y vertiginosamente, Julián se sintió despegado del suelo, elevado por encima de la cabeza de Kenorak, y proyectado pesadamente contra el piso.

El batacazo resonó con gran estrépito, confundiéndose con la exclamación de asombro colectivo de los curiosos *terrish*, que lanzaban atronadores gritos, incapaces de dar crédito a lo que sus ojos acababan de contemplar.

Kenorak se alzó despacio del suelo.

Julián le vio acercarse, y retrocedió, despavorido.

—No... no estará pensando cobrarse la deuda del juego, ¿verdad? —barbotó, con una expresión de ridículo espanto.

—Sí.

—Pero... ¡escuche! Nunca he sido vencido... No puedo permitir que me golpeen. Yo...

—Vamos, vamos, Pep. Usted no perdonó a ese pobre nativo —acusó Kenorak, avanzando dos pasos—. Acepte su suerte como un hombre.

—Pero... —Julián seguía retrocediendo, arrastrándose sobre el piso.

—Tal vez le hubiera perdonado... si no hubiese hecho trampas, Pep. Pero las hizo. Usted comenzó antes de la cuenta. Pero de nada le

sirvió. ¡Vamos, levántese de una vez! ¡O tendré que golpearle en el rostro!

Kenorak elevó la estaca, y la volteó en el aire.

Entonces, Julián, espantado, se puso en pie y corrió, con una presteza increíble, a refugiarse tras el mostrador.

Pero Kenorak saltó por encima de la barra, y le alcanzó.

Y la estaca comenzó a moverse con terrible velocidad.

—¡Uno... Dos... Tres...!

Julián sollozaba y se arrastraba, en un inútil esfuerzo por escapar al castigo.

—¡Dieciséis... Diecisiete... Dieciocho...!

—¡Basta, basta, basta! —chillaba el hombretón.

Pero Kenorak proseguía, imperturbable, la cuenta.

—Treinta y uno... Treinta y dos... Treinta y tres...

Cuando terminó, la chaqueta de Julián estaba convertida en deshilachados jirones, y su espalda y su voluminoso trasero estaban enrojecidos y lastimados.

Kenorak arrojó lejos la estaca, teñida de sangre, y saltó fácilmente por encima del mostrador.

—Un juego muy divertido, amigo mío —dijo, irónico—. Tal vez vuelva por aquí a jugar con usted otro día, Julián.

Al otro lado del mostrador; se oyó un gemido.

Kenorak dejó dos de aquellas fichas metálicas, y abandonó el local, ante las incrédulas miradas de los curiosos.

CAPITULO V

Kenorak salió a la explanada. La luz rosada de la primera luna de Tildrich iluminaba fantásticamente los ; confines de la selva, cuya espesura tenía ahora un tinte ; morado oscuro.

Un zumbido continuo e hiriente resonó por encima de la ciudad. Se hubiera dicho que se trataba de una sirena de aviso, como un martirizante toque de queda que llegaba a todos los rincones y hería los tímpanos.

Kenorak permanecía inmóvil, indeciso. ¿Debía buscar a aquella mujer, llamada Bindrah, o valerse por sus medios hasta donde le fuera posible?

Pensaba en ello cuando, en algún punto del confín de la selva, resonó un aullido espantoso. Un fulgor azulado brilló en la oscuridad.

—Se diría que se trata de una descarga eléctrica potentísima —pensó.

Desde luego, el jefe Mashlyn no le había dado tanta información sobre Tildrich y su Base Uno, en Daganhga, como hubiese sido deseable.

Temeroso de cometer algún tremendo error, Kenorak decidió que lo más sensato era buscar a Bindrah, y solicitar su ayuda.

Avanzó a través del dédalo de nódulos de barro cocido y construcciones prefabricadas, que se sucedían caprichosamente.

Se guiaba por la gran urbi-lámpara colgada de un globo cautivo, alrededor de la cual seguían zumbando los repugnantes insectos de Tildrich.

La casa de Bindrah estaba pintada de rojo, pues para los nativos el colorado era el color del amor.

Bindrah había obtenido una vivienda prefabricada en buen estado, de grandes dimensiones.

Las ventanas, tamizadas por persianas metálicas y visillos, apenas permitían vislumbrar una pálida luminosidad amarillenta.

Ya se disponía a llamar en la puerta, cuando ésta se abrió.

Una bellísima joven tildrichen le invitó a pasar:

—Bien-venido-a-la-casa-del-amor. Adelante —dijo en idioma tildrichish.

No estaba desnuda aquella mujer, sino vestida con una larga túnica roja, de tejido sutil, que se ajustaba a sus insinuantes formas maravillosamente.

Kenorak sonrió, sin poder evitarlo.

En las calles, las mujeres de Tildrich paseaban absolutamente desnudas. Pero en La Casa del Amor, se vestían con suntuosos y carísimos vestidos.

¿Era un recurso para provocar el deseo, mediante el cambio de apariencia?

Entró.

Había muy poca luz en aquella estancia, luz indirecta, que parecía brotar de la unión de los muros con el techo metálico. Apenas unos pocos muebles, muy funcionales, dos puertas veladas por cortinas igualmente rojas.

—-¿Eres tú Bindrah? —preguntó el agente del SIP.

—Bindrah-te-espera. Sígueme —respondió ella.

Detrás de una de aquellas cortinas, se oían risas y susurros.

Pero la muchacha retiró el velo rojo de la otra puerta, y le invitó a seguirla, con un gesto.

El aire estaba impregnado de un raro y desconocido perfume. Las pisadas apenas sonaban sobre el piso cubierto de pieles de espeso pelaje.

Cruzaron un pasillo. La joven nativa se detuvo ante una puerta metálica, sin pronunciar una palabra.

Al cabo de unos segundos, la puerta se abrió por sí sola, y la muchacha dijo:

—Entra. Brindrah-está-dispuesta.

Kenorak avanzó, sintiendo un cierto recelo.

La estancia en la que acababa de penetrar debía ser la pieza más

amplia y resguardada de toda la construcción.

Suelo, paredes y techo estaban magníficamente tapizados con finísimas pieles doradas, que el agente del SIP jamás había contemplado.

Había un lecho muy bajo, con brocados de color rojo púrpura. A ambos lados, algunos asientos semejantes a «puff», aunque también muy bajos y forrados en piel.

En el centro de aquel fastuoso lecho, que ocupaba más de veinte metros cuadrados, estaba reclinada Bindrah.

Kenorak había tenido sus dudas, mientras se acercaba hacia el centro de Daganhga.

Pensando en Bindrah, se había forjado la imagen de una mujer madura, voluminosa, procaz y repugnante.

Pero la mujer que contemplaba ahora era la más fascinante que jamás hubiera soñado encontrar.

Sus cabellos negrísimos, intensamente brillantes y azulados, caían armoniosamente hasta el pecho, enmarcando aquel rostro color cobre viejo, de piel finísima y tersa, sin tuna sola arruga.

Como contraste, los ojos de Bindrah eran verdes, muy claros, profundos. Tenía una nariz levemente arqueada y una boca grande, de labios sensuales, húmedos, rojos y carnosos.

Vestía una túnica finísima, vaporosa, de color púrpura, bordada en las anchurosas mangas con hilillos de oro.

Tenía el empaque de una reina y la serenidad de una mujer muy experimentada, aunque su lozanía hablaba claramente de juventud.

—Acércate, Kenorak —invitó ella, tras permitir que el hombre la contemplara a su sabor.

—¿Cómo, me conocías? —preguntó Ben, admirado.

—No —respondió ella—. Pero conozco a todos los *terrish* que habitan en Tildrich, y tú eres diferente a ellos. Pero ven, siéntate junto a mí.

Kenorak obedeció, con una timidez que jamás había guardado para mujer alguna. El perfume sutil y sensual que trascendía de Bindrah embargó sus sentidos.

¡Qué mujer tan extraña, tan hermosa y deseable!

Pero Kenorak estaba dispuesto a volver cuanto antes a la Tierra. Y ello significaba olvidar sus inclinaciones masculinas, y buscar el camino que le llevase cuanto antes hasta Boe Widiard.

—He venido a solicitar tu ayuda, Bindrah. Para mí, Daganhga y todo Tildrich resulta extraño y peligroso. Oí una extraña sirena sonar en la noche, y también unos espeluznantes alaridos al borde de la selva… ¿Quieres explicarme qué significa todo eso? —inquirió, ansioso.

Bindrah sonrió suavemente.

—Tranquilízate, Kenorak. Contarás con mi ayuda incondicional, y te respaldaré con mi poder. En cuanto a tus preguntas… Ese sonido hiriente está concebido para que llegue a los oídos de todos los habitantes de Daganhga, y estén prevenidos a partir de ese momento. Nadie podría abandonar ya la ciudad…

—¿Por qué? —preguntó Ben, intrigado.

—Se trata de un prodigioso invento del coronel Widiard —dijo Bindrah, poniendo un rencoroso trémolo en sus palabras—. Para evitar que los feroces animales salvajes de la jungla puedan penetrar en Daganhga, Widiard hizo colocar un cinturón magnético alrededor de la ciudad, capaz de producir fuertes descargas eléctricas sobre las personas o animales que atraviesen la zona magnetizada. El aullido que oíste provenía de alguna fiera que se atrevió a pisar ese anillo mortal…

A su pesar, Kenorak se estremeció. ¿Qué hubiera ocurrido, si hubiera decidido pasar la noche en mitad de la selva?

«Hubiera muerto electrocutado», pensó, aterrado.

Pero dijo en voz alta:

—¿Hay algún otro dispositivo peligroso, que deba conocer?

—Widiard ha seducido a toda la guarnición del IC, compuesta por unos quinientos soldados especializados. Aparte de ello, el coronel se rodea de una guardia personal, compuesta por unos cincuenta soldados tildrichen, los más corpulentos, peligrosos y feroces, fieles a Widiard hasta la muerte. Alrededor de la residencia del cacique *terrish* están situados los comandos de defensa atómica y de armas eléctricas por láser, mortíferas y siempre eficaces. Finalmente, está Bagur-Shho, el centro de almacenaje de cartuchos nucleares, a algunos *toech* de

distancia, dirección suroeste, guardado por una guardia de setenta soldados *terrish*, que se relevan cada semana —fue detallando la hermosa Bindrah.

Y añadió, mirando intensamente al agente del SIP:

—No existen otras medidas de seguridad. Boe Widiard está muy seguro de sí mismo, de la guarnición y de los nativos, a los que ha logrado engañar con promesas de independencia, regalos y concesiones de una vida libre, protegida y fácil. En realidad, en Tildrich, Widiard no tiene un solo enemigo. Por eso, ni siquiera se preocupa por vigilar a los habitantes de Daganhga o establecer patrullas nocturnas ni ninguna otra prevención.

Kenorak se sentía enervado por la palpitante proximidad de la bella Bindrah, por el fulgor que había en sus ojos esmeralda. Para disimular el efecto que la mujer comenzaba á ejercer en sus sentidos, comentó

—Según dices, no parece muy fácil penetrar en la residencia del coronel Widiard, ese inteligente traidor...

—Tienes razón. Desde que Boe cortó cualquier contacto con el IC de la Tierra, comprendió que debía esperar alguna represalia por su rebeldía. Teme que el IC envíe alguna de sus divisiones espaciales contra él. Por eso, mantiene a sus sistemas de comunicación y escucha en constante vigilancia...

Según Bindrah, Widiard tenía un especial interés en evitar que se filtrase cualquier persona o mensaje utilizando las astronaves que, con destino al asteroide Huyiax o el planeta Tenx-Akuch, conspiradores contra el IC asociados al coronel, salían periódicamente de la Base número Uno.

—Su guardia personal registra escrupulosamente todos los vehículos, y varios *terrish* han pagado con su vida, cuando intentaban escapar de Tildrich. Widiard es implacable y cruel. Ha eliminado sin concesiones a todos los oficiales, soldados o simples civiles que no estaban de acuerdo con su ideal.

—¿Cuál es exactamente su ideal? —quiso saber Kenorak.

—¿No lo sabe aún? —exclamó ella, dirigiéndole una mirada penetrante—. Es fácil: Widiard ha encontrado en Tildrich su paraíso. Nuestro planeta es enorme, sus tierras están vírgenes; es rico, ubérrimo, primitivo y puro. Es todo lo que desea Widiard, asqueado de la vida mecanizada y artificial de vuestra Tierra. Pero no quiere

compartir este paraíso con nadie, ni *terrish* ni habitantes de otros planetas. Si ha buscado la complicidad de Joáo Terreira y Wom Mordee, se debe sólo a su sentido de la conveniencia.

—Explícate.

—Hay poco que explicar: En Huyiax existe una poderosa Base noruega, dotada de potentísimos misiles trasgaláxicos, y en Tenx-Akuch, Terreira controla el perímetro espacial de las Iades, mediante zona de desintegración, que cierra el paso a cualquier astronave no afecta al movimiento de independencia. Pero Boe Widiard se deshará de sus dos compinches, en cuanto la situación esté en sus manos por completo.

Según Bindrah, Widiard había sabido obrar con presteza y astucia, cortando cualquier contacto con la Tierra y, por tanto, con el International Council, en el momento psicológicamente más propicio.

—¿Por qué más propicio?

—Lo comprenderás, si te digo que los vecinos más próximos a las Iades —es decir, Tildrich, Tenx-Akuch y Huyiax— son nuestros amigos de la Confederación de Balentum, compuesta por ocho planetas del sistema solar Uregali. Los de Balentum promueven la emancipación e independencia de las colonias dominadas por el IC. Si la Tierra atacase directamente a Tildrich, la Confederación de Balentum se alzaría contra vosotros, los *terrish*... Y ello supondría una catástrofe, que el IC tratará de evitar, por todos los medios.

A su pesar, Kenorak se sentía impresionado. De repente, se puso en pie, y miró a Bindrah con fijeza.

—-Cuando, antes, te referiste a Widiard, aseguraste que el coronel no tiene ningún enemigo. Pero adivino, por el odio que veo en tus ojos cuando mencionas su nombre, que Widiard tiene, por lo menos, un contrincante a muerte... ¡Tú misma, Bindrah, no lo niegues!

La mujer tildrichen se puso en pie, y le miró con expresión tempestuosa.

—Tienes razón: le odio a muerte. El me repudió y me despreció. No descansaré hasta que haya muerto. Entonces plantaré un *icqul* sobre su cadáver, y me sentiré tranquila.

Kenorak se sintió espeluznado, al contemplar aquel bello rostro, ahora convertido en una máscara repugnante por la ira más desatada.

—Comprendo —dijo el agente del SIP, luego—. Sentémonos...

¿Por qué no me lo cuentas todo? Tai vez tu historia me sirva de mucho para eliminar a Boe Widiard.

Bindrah, en pie, era tan alta como Kenorak, y tan flexible y admirable como una caña de bambú.

Admirando su cuerpo, que se transparentaba fácilmente, Kenorak hubo de reconocer que Widiard tenía muy mal gusto... si había sido capaz de cometer el imperdonable error de despreciar a tan exquisita hembra.

Pero Bindrah le tomó por una mano, y le llevó hasta el lecho. Su facciones se habían relajado un tanto. E incluso sonreía: posiblemente, adivinaba el poderoso influjo que su sensual presencia causaba en el ánimo del agente del Space International Pólice.

Apenas acababa de sentarse en el borde del lecho, cuando se oyó un tenue sonido.

Bindrah introdujo una mano bajo los cojines de la cama, y accionó algún resorte, que produjo un leve «clic».

Inmediatamente, el muro se tornó transparente, y Kenorak pudo ver que, ante la puerta de la estancia, esperaban varias personas.

La primera era la misma joven nativa, que le había recibido una hora antes. Parecía asustada.

Le acompañaban cuatro hombres, con el uniforme de las fuerzas del IC, que portaban fusiles desintegradores.

Kenorak miró a Bindrah, desesperado.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Soldados del coronel Widiard. Algo ha debido ocurrir... Estoy segura de que te buscan. Pero no temas... ¡Ocúltate en el lecho! —ordenó, serena.

CAPITULO VI

La puerta se descorrió silenciosamente.

—Adelante —invitó Bindrah, que se había introducido en la cama, y ocultaba, con el suyo, el bulto del cuerpo de Kenorak.

Ben contenía la respiración.

Era consciente de que corría un grave peligro en aquel instante. Si le descubrían, si Bindrah le traicionaba...

Pero la mujer estaba hablando con los soldados que componían la patrulla. Y su voz no temblaba.

—¿Un intruso? Por favor, explíquese, teniente Borov.

—Era un *terrish*. Estuvo en la taberna de Pep Julián, y le dio una formidable paliza. El francés no quiso dejar las cosas así, y utilizó su comunicador para llamar al coronel Widiard. Ese hombre le pareció sospechoso: dijo que se llamaba Davis, y que era el asesor personal del coronel. Pero Widiard no tiene a su servicio a ningún hombre llamado Davis...

—¿Y bien? ¿Qué es lo que se propone, teniente? Le aseguro que ese hombre no ha penetrado en mi casa...

—Debo registraría de arriba abajo, Bindrah. Tiene que comprenderlo: hemos buscado por toda la ciudad, y el intruso no ha aparecido. Sólo puede estar aquí —dijo Borov, desconfiado.

Bindrah dejó escapar una extraña risa. A su lado, Kenorak guardó, en dolorosa tensión.

—Ya ve que no está aquí, teniente. Pero puede registrar el resto de la casa. Nada me aterraría más que saberme a merced de un extraño. Puede registrarlo todo —invitó la mujer.

—Gracias —respondió el oficial. Y dio orden a sus tres soldados de que buscaran en toda la casa. El mismo les siguió inmediatamente.

La puerta se cerró, y Kenorak sacó la cabeza entre los brocados para respirar.

A través del panel metálico, excitado mediante rayos gamma, el agente del SIP pudo ver cómo los soldados del coronel Widiard iban y

venían a lo largo del pasillo, registrando minuciosamente todas las habitaciones de La Casa del Amor.

Pasaron lentamente los minutos.

Bindrah se volvió hacia él, y aproximando su rostro al del hombre, le besó largamente, como si quisiera infundirle confianza.

—Se marcharán ahora mismo. No temas —dijo ella.

Sin poder contenerse, Kenorak la tomó por el cuello, y volvió a besarla, estremecido de deseo.

Luego, Xirax, la sirviente de Bindrah, apareció en el pasillo, y su ama permitió que la puerta volviese a descorrerse.

—¿Se fueron? —preguntó Bindrah.

—Sí —respondió la bella Xirax.

—Perfectamente —dijo Bindrah. Y había un brillo divertido en sus ojos verdes—. Trae algunos de mi manjares y una jarra de *qyld*. Estoy segura de que nuestro invitado se siente hambriento.

—Así es —respondió Kenorak, apartando la ropa, con un suspiro de alivio. Y añadió—: Creo que debo darte las gracias, Bindrah.

Ella le miró, coqueta.

—¿Por qué? Digamos que te ayudo, a cambio de tu colaboración. Porque nada me llenará tanto de satisfacción como saber muerto a Widiard... ¡Le odio! —exclamó, con una expresión tan ardiente que el propio Kenorak se felicitó por no estar bajo la piel del coronel.

Pero aquel ramalazo de rencor apenas brilló durante un segundo, en los enigmáticos ojos de Bindrah.

—Sin embargo..., debo confesar que te hubiera ayudado de cualquier forma, Kenorak... ¡Eres tan atractivo!

A su pesar, el agente del SIP se sintió inerme, ante el influjo de aquella bellísima mujer. Y temiendo perder el control de sus sentidos, se puso en pie y dijo:

—Has confesado que odias a Boe Widiard, Bindrah. E incluso mencionaste que él te había ofendido, humillado… ¿Es que le amas?

Xirax penetró en la estancia, y puso sobre uno de los asientos una bandeja llena de extraños manjares y una jarra de barro cocido.

—Come —invitó Bindrah—. Nuestros alimentos son naturales, nutritivos y sabrosos... Bebe un poco de *qyld*, te gustará. Es un vino que vosotros, los terrish, nos enseñasteis a fabricar, hace ya algún tiempo.

Kenorak tomó en su mano el extraño tenedor de madera, y probó la comida.

En verdad, aquellos manjares eran exquisitos, muy diferentes de los alimentos sintéticos que había devorado a bordo del «SIP-PATROL».

Y el *qyld* era un vino áspero y espeso, de sabor delicioso.

—En cuanto a tu pregunta —siguió Bindrah, contemplando, satisfecha, la voracidad que demostraba Kenorak—, debo confesar que, en otro tiempo, amé con todas mis fuerzas a Boe Widiard...

—¿Y él...?

—También me amaba ardientemente. Pero un día, Boe vio a Keidra, la blanca mujer de Venus, y, desde entonces, se apartó de mí... Ahora, esa odiada Keidra vive en la residencia de Boe... Para humillar al coronel, decidí convertirme en una ramera, e incluso explotar a los terrish, ofreciéndoles las más bellas jóvenes de Tildrich. Pero Widiard no parece haberse sentido ofendido... ¡Y pensar que llegué a traicionar a Katahi...!

—¿Katahi? —preguntó el agente del SIP, entre bocado y bocado.

—Katahi era el *Paixe*, el príncipe de Tildrich, el único hombre al que los nativos obedecíamos y amábamos con todas nuestras fuerzas. En el pasado, los tildrichen vivíamos muy felices, sin ambiciones ni envidias. Luego...

Según Bindrah, los *terrish* habían despertado en el alma sencilla y elemental de los tildrichen la apetencia por los bienes terrenos, la comodidad, la ambición y la envidia.

—Cuando Boe Widiard fue enviado por el IC, Katahi ordenó a todos los nativos que se alejasen hacia el interior de las selvas. Katahi temía, con fundamento, que el contacto con los *terrish* no conseguiría otra cosa que perjudicarnos, y por eso él pretendía mantener a los suyos lejos de Daganhga y de la Base número Uno.

—¿Qué ocurrió?

—Widiard quería retenernos, pero no lo consiguió. Es decir, sólo

pudo retenerme a mí, que estaba enamorada de él. Me había deslumbrado con su fuerte personalidad. Además, estaba el fabuloso mundo técnico y avanzado, que quería ofrecernos. En cualquier caso, Widiard me pidió que fuera a buscar a Katahi y le hiciese volver. Debía convencerle de que el coronel sólo quería lo mejor para los tildrichen.

—¿Accediste? —preguntó Kenorak, prendido en el relato de Bindrah.

—Sí. Hubiera hecho cualquier cosa por Widiard... entonces. Una patrulla me condujo, en uno de esos *trans*, más allá de las selvas de Huro, donde los míos se habían refugiado...

En las laderas anfractuosas de Kil-Edra existían enormes cuevas naturales, donde se habían refugiado los tildrichen, al amparo de los monstruos de Huro.

—Fue muy difícil convencer a Katahi. Le vi triste, amargado e infeliz. Recelaba de mí... Pero he aprendido bien vuestra lengua y vuestros métodos de convicción, Kenorak...

Según Bindrah, se había explicado con elocuencia. Había invocado los intereses del pueblo tildrichen.

—Sé que Katahi sólo cedió porque nuestros hermanos pasaban hambre, calor y sed, y a menudo eran víctimas de los animales salvajes, de la impenetrable selva de Huro... ¿Cómo sobrevivir allí, apenas defendidos por sus rústicas lanzas de madera?

—-¿Volvieron?

—Widiard sólo pretendía, según dijo, conferenciar con el *Paixe* Katahi. Y éste accedió a ello. Ocupó un lugar en el *trans*, y emprendimos el regreso a Daganhga. Durante el trayecto, el vehículo sufrió una avería.

—El soldado *terrish* que lo conducía —siguió Bindrah— anunció que podíamos bajar y estirar las piernas, mientras él reparaba la avería. Por mi parte, preferí quedarme en el *trans,* pero Katahi se apeó y desapareció en la selva. No volví a verle más.

Kenorak alzó los ojos, y miró a la mujer, perplejo.

—¿Qué sucedió? —inquirió.

—'Uno de los soldados de la patrulla, que había seguido a Katahi, bajo el pretexto de protegerlo de las fieras, con su fusil desintegrador,

volvió poco después. Y no parecía muy impresionado, cuando anunció que a Katahi lo había devorado un *drak*, es decir, un animal carnicero monstruoso, tan grande como esta casa...

—Comprendo. El soldado no pudo utilizar su fusil desintegrador, por temor a desintegrar igualmente a Katahi.

—¡No! —gritó Bindrah, en un alarido impresionante—. No era-ésa la verdad. Dame tiempo a serenarme, y te lo explicaré... Antes de que aquel soldado pudiera impedirlo, yo le había arrebatado su fusil, y corría hacia la selva.

No encontró un solo árbol desgajado de la tierra, ni la clásica senda de troncos tronzados, que debiera haber dejado como rastro el mastodóntico *drak*.

—Por el contrario, en un claro me detuve, aterrada: sobre el pasto verde había una mancha blanquecina. Y aquella mancha dibujaba exactamente la silueta de un ser humano... ¡ERA KATAHI... DESINTEGRADO!

Kenorak se atragantó. Y a pesar de la exquisitez de los manjares que Bindrah le había ofrecido, fue incapaz de probar un solo bocado más, a partir de aquel momento.

Los senos de Bindrah se hinchaban acompasadamente-, al ritmo de su tempestuosa respiración.

Luego siguió hablando con tono lejano y monótono:

—Volví sobre mis pasos. Y cuando llegué a la senda, al lugar donde se encontraba el *trans* y los *terrish*, lanzaba alaridos enloquecidos. Disparé varias veces el fusil desintegrador contra ellos, pero me sentía tan transtornada, que no alcancé a ninguno de los soldados.

Finalmente, uno de los *terrish* consiguió arrebatarle el fusil y derribarla de un culatazo.

—Cuando volví en mí, me encontraba en Daganhga, junto a Boe Widiard. Acusé a aquellos soldados de haber asesinado a Katahi, pero Widiard se mostró incrédulo. Aseguró que nada le interesaba más que la amistad del *Paixe*. Y en cuanto a sus hombres, tenía absoluta confianza en ellos, y se negó a tomar represalias. Me pasé el resto del día estornudando...

—¿Estornudando? —exclamó Kenorak, estupefacto.

—Comprendo que esto te sorprenda, pero los nativos de Tildrich tenemos muchas diferencias con vosotros, los *terrish*. Cuando algo nos entristece profundamente, estornudamos, en lugar de llorar, como hacéis vosotros. Yo me sentía culpable de la muerte de Katahi. ¡Nunca imaginé que sacrificara tanto, a cambio del amor que sentía hacia Widiard!

Estornudó ruidosamente dos o tres veces, y añadió:

—Creo que he olvidado decirte que Katahi era mi esposo.

CAPITULO VII

Kenorak miró a la bella mujer, espeluznado.

Pero Bindrah no pareció advertir el espanto que sentía en aquellos instantes el agente del SIP.

—Seguí amando a Widiard, a pesar de todo. En verdad, no podía creer que él hubiera maquinado rastreramente la muerte de Katahi. Luego, Boe se encaprichó de esa mujer de Venus, Keidra, que formaba parte del grupo que los *terrish* trajisteis a Tildrich, como, cobayas humanos para experimentar las relaciones genéticas entre tildrichen y venusianos. Y entonces, el odio más intenso se desató dentro de mí. Juré que no descansaría hasta aniquilar a Boe, pero es muy poderoso, y no pude acercarme a él.

—¿Cómo conseguiste comunicar con el International Council de la Tierra? Porque tú misma has afirmado que Widiard controla tanto las comunicaciones como los transportes...

—Así es, desde luego. Pero supe arreglármelas para seducir al ingeniero de comunicaciones, un alegre alemán, llamado Kurt Kordmann. En verdad, Kordmann es un hombre sin muchos arrestos, ¿comprendes? Odia a Widiard, pero no posee valor para enfrentarse a él abiertamente. Lo importante es que conseguí convencerle para que enviase mi llamada al IC.

—¿Crees que podríamos contar con Kordmann?

—No lo sé. Es un cobarde. Si conseguí su ayuda para enviar mi mensaje a la Tierra, fue porque Kordmann me deseaba intensamente... —confesó la electrizante Bindrah—. Pero dudo mucho de que pudiéramos utilizarle en otra ocasión.

Kenorak respiró con fuerza.

—Bonita situación —comentó—, Al parecer, dado que parece imposible acercarse hasta el coronel Widiard, mi misión parece condenada al fracaso. Ahora, Widiard sabe que hay un intruso en Daganhga. Me buscan por todas partes y si llegaran a encontrarme...

Bindrah le interrumpió con un gesto.

—Es posible que haya una oportunidad —anunció—. Dentro de dos días, se celebra el Sirkaith, es decir, el Día del Fuego, en Tildrich.

Widiard repartirá generosamente las jarras de *qyld* entre los nativos, e invitará a su residencia a los *terrish* más significativos de Daganhga. El vino correrá, abundante, allí, mientras los invitados contemplan, excitados, las salvajes peleas de *gleens*…

—¿*Gleens*? —preguntó el agente del SIP—. ¿De qué se trata, exactamente?

—Los *gleens* son una especie de lobos, aunque pesan unos cuatrocientos kilos y no poseen pelo, sino una piel escamosa, formada por placas córneas, durísimas… Es un espectáculo salvaje y sangriento, porque los *gleens* poseen una ferocidad y una resistencia increíbles. Pero Widiard es un apasionado de esas peleas, sobre las que él y sus amigos cruzan apuestas.

Kenorak escuchaba a la mujer, impresionado por su relato.

—¿Qué te anima a creer que, en el Sirkaith, será más fácil llegar hasta el coronel Widiard? —preguntó, al fin.

—Conozco a mis hermanos de raza. Los nativos de la guardia personal de Boe beberán también, aunque a escondidas. Se emborracharán todos, y será posible burlar la vigilancia…

* * *

Cuando la primera luna de Tildrich envió sus rayos rojizos sobre las casas de Daganhga, Ben Kenorak abandonó La Casa del Amor.

Durante aquellos dos días, Bindrah había conseguido averiguar algunas cosas.

Sabían ya que Pep Julián había facilitado una fiel descripción de Kenorak a las patrullas del coronel Widiard, y que los soldados disponían de reproducciones del rostro del agente del SIP, dibujado por un experto, adicto al movimiento independentista del coronel.

Como abandonar el refugio de La Casa del Amor con su propio aspecto, hubiera sido suicida, Bindrah le había aconsejado:

—Debes desnudarte, Kenorak. Xirax fabricará una pasta, que servirá para teñir tu piel y darte una apariencia de nativo tildrichen. Tendré que afeitar la parte superior de tu cráneo para que el parecido se acentúe.

Pero Kenorak se apartó de un brinco.

—Aceptaré teñir mi piel, e incluso afeitar mi cráneo, pero pasear por ahí completamente desnudo…

Bindrah sonrió, irónica.

—No temas. El día del Sirkaith, los tildrichen se atavían con bellos cinturones de hebras de *sif*… que velarán tu desnudez… Acércate, debes estar dispuesto para el anochecer…

Ahora, Kenorak caminaba hacia el centro de Daganhga, con una botella de *qyld* en la mano, imitando, de forma muy convincente, los pasos de un beodo.

Se había contemplado ante un enorme espejo, antes de salir. Y se había retirado de un salto, espantado por su propia imagen.

La parte alta del cráneo blanqueaba, perfectamente afeitada. Bindrah le había aplicado en la cabeza una pasta blanca, que disimulaba muy bien la raíz del cabello rasurado.

Sus poderosos hombros desnudos, su piel cobriza, el adorno de hebras de *sif* a la cintura…

Sí, todo aquello le daba una semejanza muy notable con cualquier nativo de Tildrich.

Sólo deploraba una cosa: que el consejo del Space International Pólice no permitiera emplear a sus agentes otras armas que los *stoppers* lanza-rayos paralizantes.

Porque tenía la seguridad de que la misión que se disponía a emprender aquella noche podría resultar mortal… para él, precisamente.

Naturalmente, como cualquier agente del SIP, Ben Kenorak era un hombre endurecido, cuyos sentimientos humanos debían yacer bajo una capa de indiferencia y rudeza.

Había tenido que impartir la muerte varias veces. No le satisfacía personalmente, pero poseía la convicción de que trabajaba para un Organismo animado del más estricto sentido de la justicia y de la verdad, a escala cósmica.

Aquella noche, los gritos de los nativos que danzaban alrededor de las fogatas que se alzaban por todas partes, atenuaba el molesto zumbido de los enormes insectos que volaban alrededor de la colosal

urbi-lámpara que iluminaba las calles de Daganhga.

Cuando se cruzaba con algún grupo de nativos, Kenorak acentuaba sus extraños movimientos vacilantes, bebía de su botella un poco y lanzaba al aire aquel grito estentóreo:

—¡Aüaih-vi-Sirkaith! (1)

Algunos le golpeaban rudamente en la norak respondía contundentemente, con otros menos brutales.

Y así llegó a las cercanías de la residencia da del coronel Widiard.

Se sentía más tranquilo: según los rumores que Bindrah había recogido en la ciudad, la opinión de todos era que el intruso llegado a Daganhga había muerto electrocutado, al atravesar el cinturón magnético que protegía de noche a la ciudad, o bien devorado por las fieras de la cercana e impenetrable selva.

Ello supondría, sin duda, que la vigilancia se habría suavizado, sino abandonado por completo.

Lentamente, sin dejar de vocear su salmodia de borracho, Kenorak se fue aproximando a la muralla metálica que cerraba la residencia de Boe Widiard.

Fingió que resbalaba y cayó, golpeando sonoramente las planchas.

Era una artimaña vulgar: si los vigilantes estaban en sus puestos, se apresurarían a acudir, para verificar la procedencia de aquel ruido.

Esperó, murmurando de cuando en cuando alegres «¡*Allaih-vi-Sirkaith*!». Pero transcurrieron varios minutos, y nadie apareció.

Entonces Kenorak extrajo, 6ajo su brillante atuendo de hebras de *sif,* sus guantes especiales, y enfundó en ellos sus manos.

Dirigió una ojeada a los alrededores. Hasta sus oídos, llegaban lejanos los gritos de los borrachos tildrichen, pero nadie había a la vista.

Apoyó las ventosas magnéticas de sus guantes en la plancha, y escaló rápidamente los cinco metros de altura de la muralla.

Sus ojos contemplaron el follaje morado del espeso jardín que rodeaba el conjunto de cúpulas semiesféricas que constituían la residencia del coronel Widiard.

Sin embargo, ¿por qué aquel foso profundo al píe de la muralla,

(1) ¡Festejemos el Día del Fuego!

de unos cuatro metros de anchura?

Empezó a comprenderlo cuando aquel metálico «sif» sonó muy cerca de él.

Una cabeza aplastada, de mandíbulas poderosas y ojos amarillos fosforescentes, se elevaba, veloz, aplastada contra las planchas onduladas de duraluminio.

Kenorak contempló aquel cuerpo cilíndrico, grueso y sinuoso. Y quedó aterrado.

¡Era una monstruosa *sif*, una serpiente de Tildrich...!

Súbitamente, Kenorak sintió que un dogal asfixiante rodeaba su cintura. A un metro de distancia, la terrorífica cabeza de la peligrosa *sif* se movía en un movimiento de péndulo, con el que parecía querer hipnotizarle.

Quiso alzar un brazo, bajar su brazalete dorado, descubrir el cañón del *stopper*, disparar un rayo paralizante contra aquel espeluznante monstruo... Pero el cuerpo de la *sif* formó una enorme anilla, y le paralizó por completo.

Sus costillas, presionadas brutalmente, amenazaban estallar. No podía moverse, ni siquiera para buscar su hebilla, para palpar su emisor de vibro-ondas de rechazo, bajo aquel vistoso atavío de hebras de piel de serpiente.

Sus sienes comenzaron a zumbar brutalmente.

Un pensamiento absurdo ocupó su mente... ¿Cuántos metros de longitud tenía aquella gigantesca *sif*? ¿Quince, veinte, tal vez?

El control de sus sentidos le fue abandonando progresivamente. Sus ojos se habían inyectado en sangre, y sus pulmones estaban bloqueados, a causa de la tremenda presión de los anillos de la *sif*.

A través de sus ojos velados, Kenorak entrevió una silueta blanca, que se abría paso entre el follaje del jardín.

Luego, se oyó una orden gutural. La *sif* contorneó sus anillos, y

Kenorak cayó al suelo, sobre el húmedo mantillo.

Respiró entrecortadamente, casi asfixiado.

Y cuando sus sentidos comenzaron a recuperarse, vio a la mujer, a la pálida luz espectral de la elevada urbi- lámpara.

Ella estaba inclinada sobre el cuerpo del hombre, y le observaba con interés.

Kenorak quedó fascinado por aquellos grandes ojos azules, luminosos; por los dorados cabellos que envolvían, como un halo metálico, aquel rostro carnoso, rosado y perfecto.

Vestía una azulada túnica sutil, que destacaba, en relieve curvado, su cuerpo de diosa griega.

—¡Levántate! —ordenó ella, en lenguaje tildrichish. Pero Kenorak no la comprendió.

Entonces, la mujer retrocedió, aterrada.

—¡Tú... tú no eres un hombre de Tildrich! —gritó, en perfecto inglés.

Kenorak se incorporó sobre los codos, y giró la cabeza, temeroso de que sus ojos tropezasen con la pavorosa silueta de la *sif*. Pero la serpiente había desaparecido, en su cobijo del foso.

La mujer escapó a la carrera.

Kenorak se alzó del suelo, y corrió tras ella.

La alcanzó en la espesura, lanzándose a sus piernas desesperadamente.

En el suelo, ella se debatió como una fiera. Pero los brazos del hombre le impidieron cualquier movimiento.

Juntos los dos cuerpos, el hombre se sintió turbado. Y poniéndose en pie, tendió una mano a la mujer, y la ayudó a incorporarse.

—Ahora lo comprendo —susurró él, sujetándola para que no pudiera escapar—. ¡Tú eres Keidra!

Los ojos azules le miraron con gran curiosidad.

—Sí —confesó—, soy Keidra. Pero tú...

—Guárdame el secreto, Keidra —respondió Kenorak—. Me llamo

Ben Kenorak y pertenezco al SIP, policía especial del Consejo Internacional, del planeta Tierra.

Sin tratar siquiera de oponerse a la tentación, atrajo a la mujer y besó sus carnosos labios.

Keidra se estremeció. Y tras un breve forcejeo, aflojó los brazos del hombre.

—Ahora, corre, busca a Widiard y descúbreme —exclamó él.

Pero ella permaneció inmóvil, contemplándole con una mirada indescifrable.

—Así, tú eres el intruso... —murmuró.

—Sí.

—¡Loco! —exclamó ella—. ¿Crees que un hombre solo podrá vencer a Boe Widiard? ¡Te aniquilará!

Pero a Ben le intrigaba una cuestión muy diferente.

—Dime, Keidra —habló—. ¿Por qué me has salvado la vida?

Ella tardó en responder.

—Vi... vi a un hombre viril y apuesto, que se debatía entre los anillos de esa bestia. Creí... que eras uno de esos infelices nativos. Fui incapaz de oponerme a mis sentimientos... ¡odio la muerte y la barbarie!

—Pero, dime —pidió el agente del SIP ardientemente—. ¿Amas a Boe Widiard?

Keidra sonrió, enigmática.

—Ni le amo, ni le aborrezco —confesó—. El es un déspota, un hombre autoritario, inteligente y voluntarioso, que me tomó como su amante. Yo no podía oponerme, eso es todo.—¿Me entregarás a Widiard? —preguntó Kenorak, tenso.

La mujer de Venus movió la cabeza tristemente.

—Supongo que eso es lo que esperas. Sin duda, el coronel te haría asesinar inmediatamente... —respondió, reflexiva—. No, no te denunciaré. Me haré a la idea de que jamás te vi, Kenorak.

Antes de que Ben hubiera podido retenerla, ella huía, veloz, y

desaparecía tras la puerta deslizante de una de aquellas construcciones semiesféricas.

Kenorak quedó aturdido, indeciso.

¿Le había mentido ella, para distraerle y conseguir escapar?

Si era así, no tardaría en saberlo. Porque la guardia indígena de Widiard le buscaría inmediatamente.

Todavía sentía en sus labios el regusto tibio de los de Keidra, aquella turbadora mujer venusiana.

Bindrah era también bella, salvajemente bella. Pero Keidra... Keidra era algo más, hermosa como una diosa, y dulce como las frutas silvestres del planeta Tildrich.

Aguardó en la espesura, lleno de temores, esperando oír, de un momento a otro, el griterío rabioso de los gigantescos soldados de la guardia personal del rebelde Widiard.

No escuchó nada anormal, sin embargo.

Entonces avanzó con paso cauteloso hacia la cúpula metálica.

A la luz de la urbi-lámpara, Kenorak contempló su propia estampa, reflejada en la célula parabólica.

Un instante después, la puerta se abrió silenciosamente.

CAPITULO VIII

Unas cien personas, entre *terrish* e indígenas, rugían alrededor del foso circular, protegido por una valla de metálicos tubos.

El griterío era ensordecedor, y el ambiente cubierto por una de aquellas cúpulas, era húmedo y caluroso. El aire estaba impregnado de los vapores alcohólicos del fuerte *qyld*, que era ingerido en cantidades enormes, en aquellas jarras verdes de barro cocido.

Sobre una especie de podio metálico, que avanzaba un tanto sobre el foso, se encontraba el coronel Boe Widiard.

Junto a él, se sentaba un hombre muy moreno, de rostro latino, muy apuesto. Seguramente, se trataba de Romano Lettera.

De repente, todos callaron, al escuchar aquel terrible aullido agónico.

—¡Bravo por «Krunch»! —gritó Widiard, poniéndose en pie, excitado—. ¿Hay alguien que quiera seguir apostando contra «Krunch», después de contemplar cómo se ha deshecho de su quinto enemigo?

Los gritos atenuaron su voz. Los espectadores reían, chillaban, se agitaban constantemente sobre la valla metálica, amenazando con arrancar sus soportes.

Detrás del podio, diez nativos, de formidable estatura, armados de modernísimos fusiles desintegradores de largo alcance, montaban la guardia, protegiendo al rebelde.

Alguien acababa de hablar.

Era el italiano Lettera, que se había puesto en pie y acallaba el griterío con un ademán autoritario.

—¡Escuchad, escuchad! —gritaba Lettera—. Nuestro jefe, el coronel Boe Widiard, está» sinceramente orgulloso de la ferocidad de «Krunch», su *gleen* favorito. Pero os tengo una sorpresa, reservada para este día... Propongo que «Krunch» se enfrente a «Diavolo», el lobo que conseguimos atrapar hace unos días en la jungla. Cuando le veáis, sentiréis el terror en vuestros corazones... ¡Apuesto cien «cambios» a favor de «Diavolo»! ¡Quién quiere regalarme su dinero?

Más de treinta voces se alzaron entre la concurrencia. Widiard sonreía, despectivo, entretanto.

Finalmente, todos callaron cuando Lettera anunció que «Diavolo» iba a penetrar en el foso para luchar contra «Krunch», del coronel Widiard.

Kenorak se alzó del suelo, donde permanecía, fingiéndose borracho, y se aproximó al foso.

Sentía una curiosidad morbosa por contemplar a los salvajes animales.

Sin demasiada delicadeza, se abrió paso hasta que pudo apoyar sus antebrazos sobre la barrera metálica.

Miró hacia abajo.

El foso tenía una profundidad de unos ocho metros. Distancia prudencial, entre las fieras y los excitados espectadores.

Kenorak vio a «Krunch». Permanecía apoyado sobre sus cuartos traseros, con las enormes mandíbulas chorreantes de sangre.

Tenía una gran semejanza con un lobo de la Tierra. Pero aquella fiera era tan corpulenta como un buey, y sus tremendos colmillos tendrían más de doce centímetros de longitud,

Su cuerpo, escamoso, brillaba con destellos rojizos.

Abajo, se oyó un leve zumbido. Una reja se deslizó, veloz, y dejó franqueada la entrada a la altura del piso del foso.

«Diavolo» penetró en el recinto, dejando escapar un aullido sordo y profundo, que estremecía.

Era aún de mayor tamaño que «Krunch», y sus ojos, como brasas, reflejaban una ferocidad sin límites.

Pero «Krunch» esquivo su veloz arremetida, y súbitamente clavó sus mandíbulas en el cuello articulado de su enemigo, la zona más vulnerable para aquellas acorazadas bestias.

Se oyó un aullido estremecedor. «Krunch» gruñía sordamente, apretando sus poderosas mandíbulas más y más, profundizando inexorablemente en la carne palpitante de su rival.

Kenorak se apartó, asqueado.

—¿Era posible que aquellos hombres tuviesen estómago suficiente para aguantar un espectáculo tan impresionante, brutal y cruel...? —tuvo que preguntarse.

Los gritos crecían y crecían, atronando sus oídos.

Cautelosamente, se apartó de la turbamulta, y dirigió una ojeada hacia la puerta, cubierta por cortinas verdosas, situada detrás del podio donde permanecían el coronel Widiard y su «brazo derecho», Romano Lettera.

Todos parecían atraídos por la sangrienta pelea de las fieras, que tenía lugar en el foso, nadie le vigilaba...

Kenorak había considerado sus posibilidades. Había tenido en cuenta que, permaneciendo Widiard rodeado por sus guardias indígenas, sería imposible llegar hasta él y... eliminarle.

No disponía de ningún arma capaz de matar, por otra parte. Sólo aquel armamento disuasorio, compuesto por los *stoppers* y su emisor de ondas de rechazo.

—Podría saltar sobre él, y romperle el cuello —reflexionó, burlándose de sí mismo.

Podía hacerlo. Sólo tenía que utilizar la potencia de su célula neuroconcentatriz, alojada en su cráneo.

Pero no eran aquéllos los métodos preferidos por el agente del SIP.

—Sin tener en cuenta que, obrando de tal forma, también yo moriría irremediablemente —pensó, con sensatez.

El Space International Pólice no enviaba a sus agentes a la muerte... excepto cuando era absolutamente inevitable, todo había que decirlo.

La mejor solución sería escurrirse fuera de aquel sangriento «circo» pagano, buscar los aposentos personales del coronel Boe Widiard, esconderse y esperarle.

Simuló con gran cuidado una borrachera que no sentía, «Estaba ya muy cerca de las cortinas que velaban aquella puerta!

Casi las rozaba con sus dedos, cuando escuchó la potente voz de Boe Widiard, que exclamaba:

—¡Tú! ¡Acércate!

Kenorak se puso sobre aviso.

Fingió muy bien una violenta caída, y quedó inmóvil en el suelo.

—Si piensa que estoy borracho, se olvidará de mí —imaginó, lleno de esperanza.

Pero de nuevo la voz del coronel se alzó por encima de los gritos excitados de sus invitados.

—¡Traedle! —ordenó a sus ciclópeos guardianes.

Dos de los indígenas se alejaron del podio, tomaron a Kenorak por debajo de las axilas y le arrastraron como si fuese una pluma. Finalmente, le dejaron caer al suelo brutalmente.

«Es el fin», pensó el agente del SIP.

Alzó la cabeza y comprobó que todos estaban contemplándole con curiosidad.

Los gritos habían cesado y sólo se oía ya el gruñido agónico de uno de aquellos espantosos *gleens*.

Miró a Widiard a los ojos, esperando de un momento a otro que el rebelde delegado del IC ordenase disparar a sus guardias, lo que significaba irremisiblemente la muerte por desintegración instantánea.

Pero Widiard sonreía.

—Vamos, pobre infeliz, pone en pie. ¿Es que no te agradan las peleas de *gleens*? Acércate, así... Quiero que contemples, desde este lugar privilegiado, cómo mi favorito «Krunch» destroza a «Diavolo», de Romano Lettera... ¿Tiemblas? Vamos, Romano, regala una jarra de *qyld* a este cobarde trildichen...

El italiano le entregó una jarra rebosante.

Pero Kenorak, espantado por la horrenda carnicería que le habían obligado a contemplar, la devolvió al italiano..

—Gracias-no-bebo —pronunció torpemente en el lenguaje del planeta Tildrich.

Lettera ensombreció sus facciones latinas, perfectas.

Y de repente, arrojó el contenido de la jarra sobre el rostro de Ben

Kenorak.,

—Beberás de todas formas, estúpido. ¿Has olvidado que hoy conmemoramos el Día del Fuego? —se burló el italiano.

Todos prorrumpieron en una gran carcajada. Pero las risas se extinguieron prestamente, y las sonrisas se convirtieron en gestos de profunda estupefacción.

Alguien gritó, de repente, mientras Kenorak trataba de limpiar de su rostro el vino:

—¡Miradle! ¡Es él, el intruso que se hizo pasar por asesor del coronel Widiard!

Kenorak buscó el rostro del hombre que acababa de lanzar la exclamación. Sólo entonces vio a Pep Julián, mezclado con el resto de los invitados del coronel.

Comprendió que estaba perdido.

Porque, sin duda, el vino lanzado por el italiano sobre su rostro había diluido la pasta con la que Bindrah había teñido toda su piel, y ahora sus facciones eran fácilmente reconocibles, a pesar del cráneo rapado.

Lettera se alzó bruscamente de su asiento, en el podio.

Sus facciones crispadas no auguraban nada bueno.

El italiano se acercó a él, poco a poco, con una media sonrisa en sus labios finos y crueles.

Y cuando tuvo a Kenorak a su alcance, alzó bruscamente una pierna y le golpeó con fuerza en el bajo vientre.

Kenorak dejó escapar un alarido, cayó a tierra y se retorció sobre sí mismo, preso de un dolor intolerable.

Allí, Lettera le pisoteó despiadamente la cabeza, y le escupió.

Luego se volvió despacio hacia el podio y dijo a Widiard:

—Creo que lo mejor será eliminarle ahora mismo. Daré orden a los guardianes que disparen contra él.

Kenorak se encogió sobre sí mismo, más aún de lo que ya estaba.

Y murmuró, sin poder contenerse:

—¡Dios mío…!

Lentamente, consiguió volverse boca arriba, dispuesto a ver venir la muerte cara a cara.

Abrió los ojos, y vio las expresiones crispadas, primitivas y vulgares de los guardianes indígenas, y los cañones de los cortos fusiles desintegradores apuntándole.

Ya se disponía a emprender el oscuro viaje hacia la eternidad, cuando se oyó el grito del coronel Widiard:

—¡Quietos! ¡Que nadie dispare!

Widiard bajó del podio.

Ya nadie prestaba atención a los gruñidos de agonía de las bestias, ni a las apuestas cruzadas.

Todos permanecían pendientes del hombre que yacía en el suelo, y del coronel Widiard.

El militar rebelde llegó junto al caído y le miró fijamente. Luego, sus ojos se dirigieron al foso.

—Eres demasiado apasionado, Romano —regañó al italiano—. ¿Para qué gastar las cargas de los fusiles desintegradores? Hay otros medios menos costosos para deshacerse de un espía.

Kenorak comprendió inmediatamente que Widiard hablaba de arrojarle al foso de las fieras.

CAPITULO IX

Los invitados del coronel estallaron en un griterío infernal.

—¡Bravo, coronel!

—¡Es la mejor idea que podía oírse! Será más apasionante que ver pelear a dos *gleens* entre sí.

—¡Que le arrojen al foso!

—¡Sí! —gritó el italiano—. ¿Por qué no?

Boe Widiard escuchaba las encendidas peticiones del populacho, con los ojos fulgurantes y una complacida sonrisa.

Era un hombre alto, poderoso, resistente. Apenas de mostró esfuerzo alguno cuando, con el pie, empujó a Kenorak, que se sintió desplazado y se aferró desesperadamente al barrote de la valla de protección.

Widiard avanzó un paso y empujó un poco más al agente del SIP, que se resistió con todas sus fuerzas.

—Sí, sería una interesante experiencia… ¡Un espía del IC, enfrentado a mi invencible «Krunch», destrozado por sus potentísimas mandíbulas, convertido en piltrafas! —exclamó con voz estentórea.

La muchedumbre chilló enardecida.

Todos se asomaban al foso y esperaban ansiosos, que el cuerpo de Ben Kenorak fuese despeñado hasta el fondo.

Ben había estado contemplando el rostro crispado de Widiard, con toda la serenidad que fue capaz.

Y de repente, la idea brotó lúcida en su mente;

—¡Está loco! ¡Boe Widiard está rematadamente loco!

Lo que sucedió inmediatamente vino a darle la razón.

Porque algo cambió, de repente, en el semblante del coronel.

—Sí, sería una interesantísima experiencia… de la que sentiré privaros —confesó—. Porque no voy a arrojar a este hombre a los *gleens*, como estáis esperando.

Una colectiva exclamación decepcionada acogió su declaración.

Sin embargo, inexplicablemente, Romano Lettera sonreía.

Kenorak notó que en su alma se encendía un ardiente rencor contra aquel italiano renegado.

Pensó, obsesionado, si Widiard le reservaría para un tormento más largo y refinado.

Todo podía esperarse de un demente. Porque ahora estaba íntimamente seguro de que el coronel había perdido la razón. Y precisamente debía ser su locura la que le había impulsado a enfrentarse al poderoso IC.

Aguardó anhelante.

Pensó en sus rayos paralizantes, que ahora podía utilizar libremente. Pero comprendió que de ninguna forma suponían un pasaporte a la seguridad. Con sus veinte disparos en total, podría paralizar durante horas a veinte hombres, pero en el «circo» había más de cien. Era más sensato aguardar, sobre todo ahora que el fanático Widiard parecía haber cambiado de opinión, y no pensaba asesinarle inmediatamente.

Pero el coronel quería dejar satisfechos a sus invitados.

Y explicó:

—Este hombre puede ser importante. Es un agente del IC. Su información puede ser muy útil para mí y, por extensión, para todos vosotros. Sin embargo, no quiero que tengáis quejas de mi sentido de la hospitalidad. Encargué a Romano Lettera que se ocupase de traer a mi residencia a algunas docenas de bellas doncellas nativas... ¡He organizado, para vosotros, mis amigos, la más fastuosa y divertida bacanal que pudierais imaginar! Naturalmente, todo lo que poseo está a vuestro servicio: mujeres, servidores, estancias, manjares y bebidas... Sólo tenéis que serviros a vuestro capricho!

Una ovación estruendosa, que tanto tenía de unánime como de aduladora, recibió sus palabras.

Sin prestar mucha atención a aquellas demostraciones, Widiard se inclinó sobre Ben Kenorak y, oprimiéndole brutal y rápidamente la yugular y la carótida, envió su espíritu al mundo de la inconsciencia.

* * *

La diminuta neuro-célula que Ben Kenorak tenía alojada bajo el cráneo era un auténtico prodigio de la cirugía electrónica.

Cuando hubieron transcurrido exactamente cinco horas, la célula se excitó por sí sola y comenzó a enviar al corazón de Kenorak impulsos nerviosos, que acentuaron en seguida el ritmo cardíaco.

Ben abrió los ojos. Y se sintió feliz, como un pájaro que tiene asegurada su libertad.

La estancia donde se encontraba era enorme, rematada por una cúpula metálica semiesférica.

El lecho circular sobre el que descansaba era amplio, blando, mil veces confortable.

Su voluntad tenía a dejarse abandonar a aquella hermosa y placentera laxitud, pero en lo más profundo de su mente latía un aviso que Ben no sabía cómo interpretar correctamente.

Mantuvo los ojos abiertos, sin embargo.

Advirtió la luz cernida, difusa y agradable que reinaba allí.

No había más objeto visible que la propia cama, situada en el centro geométrico del piso.

Las deprimidas paredes estaban recubiertas de acolchada espuma plástica hasta una altura de cuatro metros.

¿Una precaución para evitar el suicidio?

—No estoy loco —se dijo el agente del SIP, convencido.

Ni siquiera podía averiguar dónde se encontraba la puerta de entrada, si verdaderamente existía, Claro que podía muy bien estar disimulada entre los geométricos dibujos de la zona acolchada.

Se sentía relajado y en paz. No pensaba en nada, ni deseaba pensar, puesto que su estado físico era, al parecer, perfecto.

Pero aquel latido molesto seguía zumbando en su cerebro. Era como una pequeña descarga eléctrica, insistente, que le obligaba a actuar, a ponerse en movimiento.

En su cerebro, en su memoria, existían algunos recuerdos difusos, como formando parte de una nebulosa.

Kenorak se esforzó en recordar, pero todo era tan vago que finalmente dejó de intentarlo.

Desde luego se movió, rodó de costado, sacó las piernas y se puso en pie sobre el piso, cubierto de un recubrimiento plástico.

Sólo entonces advirtió que estaba totalmente desnudo. 'Palpó su piel bronceada y volvió a sentarse, intrigado.

Estar desnudo era algo que no cuadraba con sus vagos raciocinios. ¿Por qué desnudo?

Una sección de la zona acolchada se movió. Y una bellísima mujer entró.

Kenorak, de una forma que podríamos llamar *ancestral*, se cubrió apresuradamente con la ropa de aquel lecho circular.

—¿Eres tú, Keidra? —preguntó.

Y él mismo se asombró de aquella pregunta.

La bellísima mujer sonreía dulcemente.

—¿Estás bien, Kenorak? El coronel está deseando verte —dijo ella.

—El coronel...

—Sí. Yo diría que tiene algunos planes respecto a ti. Ven conmigo, acompáñame.

—Pero... estoy desnudo.

Keidra tornó a sonreír.

—Discúlpame: olvidaba que eres un *terrish*. Te traeré algo para vestirte —prometió.

Salió. La entrada volvió a cerrarse. Pero Keidra volvió minutos más tarde; con un pantalón y un jersey.

Kenorak se vistió rápidamente y siguió a Keidra.

¿Quién era Keidra, quién era el coronel... Widiard?

Conocía a aquellas personas, pero no recordaba nada - más.

En pos de Keidra, salió al jardín. Lucía el sol, pero la mañana era húmeda, incluso fría.

El coronel Widiard estaba junto al foso que rodeaba interiormente su residencia, al pie de la muralla metálica.

Dos de sus gigantescos guardianes personales estaban junto a él. En el suelo había un cesto con enormes trozos de carne. Boe Widiard había pinchado uno de aquellos trozos al extremo de una larga pértiga, y lo blandía sobre el foso.

Debió oír los pasos de Keidra y el agente del SIP, porque en seguida entregó la pértiga a uno de los indígenas y se volvió hacia ellos.

—Buenos días, Kenorak. Posee un aparatito de tremenda eficacia, acabo de comprobarlo —dijo el coronel.

—No sé a qué se refiere, coronel —respondió Kenorak.

—Estoy hablando de su cinturón, de su prodigiosa hebilla emisora de vibro-ondas de rechazo. Las serpientes se cobijan en sus guaridas del foso, si lo pulso... cuando siempre suelen mostrarse ferozmente hambrientas, a esta hora.

Kenorak vio que Widiard se había colocado su propio cinturón. Comprendía vagamente el sentido de aquello, pero, ¿por qué se encontraba él en la residencia de Widiard?

—No tengo la más leve idea —hubo de reconocer.

Widiard parecía de un excelente humor aquella mañana. Incluso le tomó por los hombros, cuando se hubo apartado del foso.

—Venga conmigo. Puedes marcharte si lo prefieres, Keidra —dijo, empujándole cordialmente hacia las cúpulas

Kenorak se dejó llevar. En realidad, carecía de voluntad para oponerse a los deseos de Widiard, fuesen cuales fueren.

Keidra se alejó ante ellos, balanceando graciosamente sus caderas de ánfora.

—¿Le gusta? —preguntó de repente el coronel, que sin duda estaba observándole.

—¿Keidra?

—Desde luego. Es una mujer fantástica. Keidra es tan bella que

parece un ser irreal, fantástico... —respondió ferviente.

Widiard rió entre dientes.

—Es real, de carne, piel y huesos, como usted y yo. Y está al alcance de sus brazos —dijo, insinuante.

—¿Qué quiere usted decir, coronel? —preguntó Kenorak, deteniéndose con brusquedad.

—Lo que acaba de oír —expresó su interlocutor rudamente—. Keidra será para usted, si la desea.

Siguieron andando entre los espesos macizos verdes. Kenorak se sentía asaltado por una confusa sensación, mezcla de ansiedad, emoción y vergüenza.

—Pensé que usted quería a esa mujer, coronel —murmuró.

Widiard lanzó una carcajada.

—¿Quererla? Puedo querer a una mujer durante una noche, ése es mi límite —confesó con absoluto cinismo—. Si desea a Keidra, tómela.

Kenorak se sentía tan inquieto, que prefirió cambiar de conversación.

—Ella me dijo que usted tenía ciertos planes respecto a mí, coronel —dijo.

Acababan de detenerse ante la puerta por la que Kenorak había penetrado la noche anterior. Sus siluetas se reflejaron en la célula cóncava, y la puerta se dividió en dos, deslizándose silenciosa a derecha e izquierda.

—Es cierto —confesó Widiard—. Anoche pensé arrojarle al foso de los gleens. Por fortuna, comprendí a tiempo que un hombre como usted podría serme muy útil. No morirá. Tendrá cuanto quiera en Tildrich, colaborará conmigo, me obedecerá ciegamente... —Sí...

—Su voluntad me pertenece, Kenorak. La droga que le he inyectado es poderosa, y produce inhibición absoluta de la capacidad volitiva. Sé que le envió el SIP con una orden terminante: eliminarme. Pero ahora usted no desea matarme.

—No —confesó Kenorak.

—Desde luego, me serviré de usted. Pero mi voluntad es

compensar a todos los que se me someten. Usted participará de la riqueza, del poder y de la gloria que yo he conquistado en este hermoso planeta. ¿Por qué depender del IC, cuando todo esto puede ser mío, absolutamente mío? Tengo poderosos asociados, como Wom Mordee y Joáo Terreira, que a su vez pretenden dominar Huyiax y Tenx-Akuch.

Caminaban sobre losas espejeantes, como dos excelentes camaradas que dialogasen amablemente de temas intrascendentes.

Widiard invitó a Kenorak a penetrar en sus habitaciones. Su despacho era una de aquellas piezas circulares, rematada por cúpulas semiesféricas, dotada de riquísimos muebles funcionales y alfombrada con bellísimas pieles de animales, cazados en las selvas de Tildrich.

—Usted me interesa mucho, Kenorak. No sé si está al corriente de todas las circunstancias que rodean a Tildrich, pero le diré que el Consejo Internacional me entregó una guarnición compuesta por indeseables…

Según Widiard, los oficiales, soldados y civiles terrestres que habitaban en Daganhga eran todos criminales, presidiarios, individuos de la peor laya.

—En realidad, el IC les envió a Tildrich como a una prisión, en la que gozarían de relativa libertad —añadió el coronel—. Bueno… también para mí, venir a Tildrich como delegado del IC suponía un castigo. ¿Y sabe por qué, exactamente? Soy un experto químico, un investigador nato. Realicé algunos experimentos con drogas alucinógenas en algunos de mis ayudantes, allá en la Tierra. Uno de ellos murió, enloquecido. El IC determinó que mi conducta, desprovista de todo respeto humano, era altamente peligrosa. Como castigo, fui desterrado a Tildrich. ¡Ellos no podían comprender que yo encontraría aquí mi paraíso terrenal…!

Kenorak le escuchaba, profundamente interesado.

Para el agente del SIP, no había duda: Widiard era un loco» Un loco inteligente y peligrosísimo.

La palabra del coronel era fluida, brillante, ardiente.

Describía a Tildrich como el verdadero Edén: un enorme planeta verde, virgen, elemental y puro… donde él podría reinar, como el más poderoso e invulnerable dictador.

—En Tildrich —decía Widiard— el día tiene cuarenta horas

justas. Pero aquí no se envejece más aprisa que en la Tierra, donde los días sólo tienen veinticuatro horas. ¿Sabe lo que eso significa, Kenorak? En este planeta, por tanto, *se vive más*, vivimos dieciséis horas más cada día...

Widiard odiaba los planes de expansión del IC, consistentes en crear nuevas y numerosas bases en Tildrich.

—Llenarán esta bella tierra de material terrestre, de inmundicias, de basura, de desperdicios... Instalarán depósitos de cartuchos nucleares, perforarán el suelo para aprovecharse de sus riquezas energéticas, montarán centenares de silos destinados a guardar armas nucleares y macro-desintegradoras, capaces de destruir de un solo disparo un asteroide del tamaño de Huyiax; los nativos adoptarán nuestras costumbres y nuestros vicios, cubrirán su pura y natural desnudez... ¡No, todo eso sería horrible, y yo no lo permitiré!

Habíase expresado con fuerza impresionante. Sus ojos relucían enloquecidos y sus facciones se crispaban diabólicamente.

Pero en una de sus extrañas mutaciones, Widiard adoptó en seguida una actitud serena y sonriente.

—Tengo grandes proyectos... en los que entra usted, Kenorak. Y debe saber que el más importante de ellos será éste: usted viajará a la Tierra y eliminará, uno por uno, a todos los personajes que pudieran significar un peligro para mis planes. Y para ello, nada mejor que empezar por su jefe inmediato, el sagaz Rob Mashlyn, jefe del Space International Pólice.

Widiard observó fijamente al agente del SIP. Ni un músculo se movió en el rostro de Kenorak, que conservaba una expresión hermética e indiferente.

No había peligro para los planes del coronel: la voluntad de Ben Kenorak le pertenecía por completo.

CAPITULO X

Keidra le aguardaba, sentada al borde del lecho.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Kenorak, inquieto.

La mujer bajó los ojos.

—Boe me ha explicado lo que debo hacer: puedes tomarme, Kenorak. Te pertenezco —murmuró.

—Pero…

—Seré dulce y comprensiva contigo, Kenorak. No tengo derecho a hacerte ningún reproche. Sólo debo servirte: ésa es la voluntad de Boe Widiard —dijo ella, sin mirarle.

El agente del SIP se acercó a ella despacio. Y de repente, la tomó por los hombros y la alzó del lecho.

—Dime, Keidra —exclamó ansioso—. ¿También tú… estás bajo la acción de esa maldita droga que anula… la voluntad?

La mujer de Venus alzó la cabeza y le miró con asombro.

—¿Droga… voluntad? No, nadie me ha administrado ninguna droga. Sin embargo, el efecto es el mismo: Widiard me domina, con su autoridad y su rudeza. Sé que de nada me valdría oponerme a sus caprichos. Y él ha ordenado que me ponga a tu disposición —confesó.

Kenorak aspiró, embriagado, el aroma de los rubios cabellos de Keidra.

—Me fascinas, Keidra —confesó—. Me siento trastornado cuando tú estás próxima a mí… Pero no te tomaré a la fuerza.

Los ojos azules, profundos, de la mujer destellaron tenuemente.

—También yo me siento profundamente atraída por ti, Kenorak —confesó con sencillez—. Cuando… cuando anoche me besaste, me sentí inundada de gozo. Tú… un desconocido… ¡Eres tan diferente a Widiard!

A Kenorak le temblaron las manos, ansiosas por estrechar contra sí aquel tentador cuerpo femenino.

Tragó saliva. Todo su ser recibía, con ardor, la llamada de los

sentidos.

—No quiero tomar a una esclava —dijo, sin embargo.

Keidra sonrió, y se dejó caer sobre el lecho.

—Olvidemos a Widiard… si ello es posible —dijo en un susurro—. ¿Qué pensarías tú, Kenorak, si yo te dijese que… te amo?

Ben fue a decir algo. Pero sus labios no supieron expresar una sola palabra.

Las manos tibias de Keidra se alzaron hasta rodear su cuello y le atrajeron dulcemente.

Los labios carnosos de la mujer de Venus se unieron ardientemente a los suyos.

* * *

—Subamos —dijo Widiard, señalando al estilizado «Sky-Arrow», la pequeña aeronave que aguardaba a pocos pasos.

Kenorak se acomodó en uno de los asientos y el coronel se sentó a su lado.

En los asientos posteriores viajaban tres de los guardias de Widiard, aquellos colosales nativos de los montes de Kil-Edra, que jamás se separaban de sus mortíferos fusiles desintegradores.

—Arriba —ordenó el coronel a Prestís, el piloto.

El «Sky-Arrow» se alzó velozmente sobre Daganhga.

Kenorak contemplaba la extraña ciudad a través del cristal oscurecido.

Más allá de los límites de Daganhga, la selva bullía como algo vivo y amenazador.

Desde las alturas no era posible divisar la insólita y terrible fauna de Tildrich. Pero Widiard, como si tuviera la facultad de adivinar sus pensamientos, ordenó al piloto que volase a baja altura.

Kenorak veía pasar bajo el vehiculo las altísimas copas de los

árboles. Y de repente llegó a su oído aquel gruñido aterrador.

Era como el rugido sordo de un león africano cuando se dispone a atacar, pero más profundo e impresionante, más sonoro y sobrecogedor.

Volaban sobre un claro de la selva. Y súbitamente Kenorak les vio.

—Una manada de *draks.* Cada uno de ellos pesa más de ochenta toneladas. Un drak podría tragarse esta pequeña aeronave sin sentir la menos molestia en la garganta —dijo Widiard, escrutando de reojo la reacción del agente del Space International Pólice.

Eran, en verdad unas bestias horrendas. Cada uno de aquellos monstruos, que rugían fieramente alrededor de un cadáver de *yendrix* o toro de la selva, medirían unos treinta metros desde la pavorosa cabeza a la cola.

Su piel era rugosa, grisácea y espesa, como la de los elefantes.

Las enormes patas pisoteaban la tierra alrededor de las piltrafas que se disputaban los monstruosos animales, produciendo un fragor estrepitosos y bestial que paralizaba los sentidos.

Uno de los *draks* alzó su enorme cabezota. El animal parecía molesto por la presencia del «Sky-Arrow». Y erguía su robusto cuello serpentiforme más y más, de tal forma que Kenorak llegó a temer que las colosales mandíbulas lograses atrapar a pequeño vehiculo de Widiard.

Pero Prestis maniobró en el control y el «Sky-Arrow» se disparo como una flecha hacia las alturas.

—¿Impresionado? —rió el coronel.

Era un sádico. Gozaba con el terror, con el espanto de los demás.

—Si, respondió Kenorak —. Esos horrendos bichos…

—Tranquilícese, son inofensivos… para nosotros. Un solo disparo de mis guardias y esos monstruos caerían fulminados, pero será mejor que se apresure, Prestis. Estoy deseando mostrar a Kenorak mis tesoros.

Widiard le había informado aquella mañana::

—Iremos a Bargur-Sho. Quiero que lo vea todo, que- compruebe por sus propios ojos, la verdad: el IC ha perdido las Iades.

Kenorak no podía negarse a nada. Su voluntad inhibida absolutamente, era controlada. por Widiard.

Pero sus ajos veían, sus oídos podían escuchar, y su memoria atesoraba datos y más datos.

Miró hacia abajo al advertir que el «Sky-Arrow» descendía verticalmente a gran velocidad.

Había un enorme claro en la selva, de forma circular.

Cuando la: nave se posó en tierra, Kenorak se preguntó donde estaba Bargur-Sho, pues en toda la extensión que abarcaban sus ojos solo se divisaba la tierra calcinada, cubierta de cenizas.

Pero cuando Widiard bajó del «Sky-Arrow», y el agente de la SIP y los guardianes nativos le siguieron, el coronel alzo el comunicador que llevaba colgando del cuello por una cadena metálica y pronunció en rápida sucesión:

—l5-230-Tildrich-618-0-0-21.

Inmediatamente la tierra se hendió en el centro de la explanada de un kilómetro de diámetro y un gran hueco rectangular apareció ante sus ojos.

Se oyó un silbido penetrante, que hería, los oídos, y hasta la superficie emergió una cápsula, metálica dé gran tamaño.

—¿Un ascensor?

—Sígame —invitó el coronel.

Una puerta se descorrió en el gigantesco elevador.. Widiard penetró en él, seguido de Kenorak y los indígenas.

La puerta se cerró y el aparato descendió bruscamente, en progresión vertiginosa.

—l5-230-Tildrich-618-0-0-21 —repitió Kenorak en voz alta, de forma, absolutamente inconsciente.

Widiard le observó críticamente.

—Posee una excelente memoria, como imaginaba—. le dijo—. Sin embargo, pierde el tiempo memorizando ese numero, amigo mío. Se trata de una combinación-consigna, que sirve para informar al capitán Dewson; debe, entonces, franquearme la entrada a Bagur-Sho. Pero cada vez que desciendo cambio esa combinación. Una medida elemental de precaución, ¿no le parece?

—Sí —respondió el agente del SIP.

Llevaban varios segundos descendiendo a gran velocidad. ¿A qué profundidad estaba instalado el almacén- unidad de defensa?

—Descenderemos dos mil ochocientos metros antes de que este elevador se detenga. El silo dispone de otros diez túneles-troneras, que dominan todo este hemisferio de Tildrich. Terreira y Wom Mordee, desde sus bases en Huyiax y Tenx-Akum, cubren con sus defensas el otro hemisferio de este planeta —informó Widiard, orgulloso.

El elevador se detuvo tan bruscamente como arrancase en la superficie.

La puerta se abrió y todos salieron. Un hombre estaba aguardándoles. Era delgado y calvo, y lucía el uniforme azul del IC.

—Le presento al capitán Dewson, jefe de Bagur-Sho. Dewson, éste es Ben Kenorak, antiguo agente del SIP. Colaborará con nosotros —dijo el coronel.

—Sí —dijo escuetamente Dewson.

Y Kenorak comprendió que también aquel oficial carecía de voluntad.

Miró a su alrededor, curioso.

La base subterránea era una construcción en forma de estrella. El centro lo componía la unidad de control, alarma y defensa, una colosal cabina esférica, que pendía de una bóveda de cien metros de altura, a uno de cuyos extremos se divisaba el túnel en el que se perdían los carriles del potente elevador.

De aquella gran bóveda central partían anchos túneles, formando los rayos de la estrella.

—Haga bajar la cabina de control —ordenó el coronel a Dewson.

El capitán pulsó un botón del *contro-check* que colgaba de su techo, y la formidable esfera descendió de las alturas sin producir el

más leve chirrido.

—Quiero que acompañe a Kenorak y le muestre mis tesoros, capitán —dijo Widiard—. Yo tengo algo que hacer aquí —y señaló la cabina, de la que acababa de brotar una rampa de acceso, extensible.

—Sígame, Kenorak —invitó Dewson.

Detuvo una de las carretillas que circulaban a través de los altísimos túneles, transportando personas o material, y subieron.

Kenorak quedó profundamente impresionado, tras el largo recorrido.

Había viajado más de treinta kilómetros a lo largo de los túneles, había contemplado las terribles armas macro-desintegradoras, los misiles interespaciales, el gigantesco almacén de cartuchos nucleares...

Widiard era poderoso. Tanto, que posiblemente su locura le llevase un día u otro a provocar una pavorosa guerra espacial, ansioso de poder y de gloria, sediento de autoridad y de dominio.

«Un demente más peligroso que un cataclismo sideral», pensó.

Pero ¿qué podía hacer Ben Kenorak?

Nada. No poseía voluntad, no podría oponerse a sus planes, ni siquiera a su proyecto de enviarle a la Tierra como ángel exterminador de las autoridades del Consejo Internacional.

Kenorak concentraba sus pensamientos, buscaba desesperadamente una solución. Pero no la encontraba, porque en seguida le embargaba una sensación de hondo relajamiento psíquico, una indiferencia total.

Eran más de las veintiséis horas cuando el capitán Dewson le llevó al departamento de oficiales, con el fin de almorzar.

Comieron ambos, en silencio. Dewson era un hombre apático, poco hablador, con un aspecto desconsolador de absoluta indiferencia.

Pero ¿acaso no presentaba él mismo, Ben Kenorak, la misma imagen que Dewson?

Kenorak se dejaba llevar y traer, recorría con Widiard todas las instalaciones que dominaba el coronel en el planeta Tildrich. Kenorak comía, bebía, dormía y... tomaba a Keidra entre sus brazos, y la amaba hasta quedar extenuado.

Todo ello realizado con la misma monotonía de un robot.

Widiard lo había dicho:

—Le he drogado, le he inyectado una poderosa droga que paraliza la voluntad.

Kenorak se había convertido en un muñeco, en un ser humano. fácilmente gobernable e impresionable.

El coronel Widiard se reunió con él a las treinta horas. Siempre acompañado de sus guardias tildrichen, el coronel le invito a penetrar en al elevador.

Cuando alcanzaron la superficie, la primera luna de Tildrich iluminaba la explanada, con sus fantásticos rayos rosados.

El elevador fue enviado abajo por Widiard, y el suelo se cerró automáticamente. En silencio, penetraron en el «Sky-Arrow» y abandonaron el lugar.

En Daganhga, un *trans* les llevó hasta la residencia del delegado del IC.

La noche era cálida y agradable, Widiard le invitó a tomar *qyld* helado. junto al pequeño lago donde bullían los temibles *piriacs* carniceros.

Kenorak no había visto aun a los monstruosos peces prehistóricos, que Widiard había llevado caprichosamente al lago artificial pero el coronel había dado algunas explicaciones respecto a aquellos espeluznantes seres de las profundidades marinas.

—¿Ha visto alguna vez un tiburón? Imagínese entonces a uno de esos escualos, pero de tamaño muy superior, con un sable córneo de dos metros en el morro y una tremenda mandíbula que mide metro y medio, totalmente abierta, con centenares de dientes como agujas de veinte centímetros de longitud. Es impresionante la fortaleza de sus mandíbulas. Corrientemente suelo alimentarlos con los cadáveres de los *gleens* que despedaza «-Krunch» en el foso. Puedo asegurarle que los *piriacs* desmenuzan sus gruesos huesos como si se tratase de tierna carne de ternera.

En estado normal, Kenorak se hubiese sentido muy incómodo al borde del lago, con aquellos repugnantes monstruos pululando bajo las oscuras aguas. Pero la droga que el coronel le había inyectado amortiguaba todas sus sensaciones.

Bebió con cierta ansiedad de la jarra del fresco *qyld* que Widiard le ofrecía.

El coronel le observaba a hurtadillas.

—¿Se aburre, Kenorak? He pensado que debería darse una vuelta por las tabernas de Daganhga. Se divertirá mucho. En casi todas hay juegos de habilidad, peleas y mujeres nativas, muy bellas. Sin embargo, debo hacerle una advertencia: No se acerque a la muralla magnética, por que moriría electrocutado.

Kenorak le miró, apático.

Pero Widiard sonrió: Aquel desinterés del agente del SIP significaba que la acción de la droga que le inyectaba cada noche continuaba haciendo su efecto de paralización de la voluntad.

Sobre la pequeña mesa de piedra dejó un puñado de «cambios», la moneda que solía utilizarse en Tildrich.

—Vamos, anímese, Ben. Salga a estirar las piernas, y diviértase durante toda la noche. Mañana… Mañana emprenderá el viaje en una de mis astronaves hacia la Tierra, con la consigna que usted conoce ya: eliminar a mis enemigos —exclamó el coronel, con una expresión demencial en sus facciones.

CAPITULO XI

El fuerte *qyld* calentaba su estómago, volvía torpes sus pasos y ponía una dulzona somnolencia en sus sentidos.

Canturreaba cuando abandonó la taberna de Pep Julián.

El francés había palidecido, cuando le vio aparecer en la puerta.

Y Kenorak, amistoso, le invitó a probar sus fuerzas en el «juego del bastón».

La expresión del francés hubiera hecho reír a una momia faraónica: desorbitó los ojos, tembló, se atragantó…

Como la taberna estaba llena a rebosar de una heterogénea clientela, compuesta por prostitutas y nativos de Tildrich, soldados y civiles *terrish*, Pep susurró en voz baja:

—Por favor, por favor… Beba gratuitamente cuanto quiera. O llévese a Xuwah, mi criada, a mi propio dormitorio. ¡Xuwah es bellísima, señor, se lo aseguro! Je, je… Me gustaría jugar con usted al bastón… ¡Y es posible que le venciera! Pero el negocio… Créalo, amigo, no puedo dedicarme a eso ahora, con mi taberna hasta los topes.

Y volviéndose hacia la ruidosa concurrencia, alzó la voz y anunció con perezosa entonación:

—¡Oídme! Pep se niega a aceptar mi desafío para probar su fuerza conmigo en la prueba del bastón… Muchos de vosotros habéis tenido ocasión de probar en vuestras espaldas el sabor de la estaca de Pep… ¿No opináis que este hombre debe darme una oportunidad?

—¡Sí, sí!

—¡Tiene que aceptar, Pep! Negarse sería una cobardía…

—No volveré a dejar un solo «cambio» en tu negocio, si rehúsas enfrentarte a este hombre…

—¡Vamos, Pep! ¡Demuestra tu potencia!…

Pep Julián tuvo que claudicar.

Y cuando ambos tiraron del bastón, volvió a repetirse el resultado

del primer encuentro entre los dos hombres. Es decir, el francés salió volando por encima de la cabeza de Kenorak, y aterrizó dolorosamente contra el suelo, a algunos pasos de distancia.

El «cobro» de la apuesta fue de lo más grotesco y risible. El agente del SIP corría tras el francés, manejando contundentemente la estaca, mientras Pep trataba inútilmente de encontrar protección entre la muchedumbre...

Kenorak había tomado una buena cantidad de *qyld* aquella noche. Ahora caminaba despacio, con torpeza, sintiendo el suelo como una masa algodonosa, que se deslizase rauda bajo sus píes.

En lo alto sonaba el zumbido de aquellos repugnantes moscardones, llamados *gozl,* que se estrellaban sonoramente contra la elevada urbi-lámpara.

Un rumor se oyó a su espalda.

Kenorak, lento de reflejos, se movió pesadamente hacia atrás.

Un veloz *trans* se lanzó sobre él, le embistió y le derribó a tierra con violencia.

Kenorak recibió un fuerte golpe y perdió el conocimiento. Inmediatamente un hombre bajó del vehículo, le observó brevemente y le arrastró hasta el *trans*.

Nadie había presenciado el incidente. El *trans* se alejó entre el dédalo de las típicas construcciones tildrichen.

* * *

Volvió en sí y exhaló un gemido. Le dolía la cabeza y sentía en su boca el áspero sabor del vino.

Abrió los ojos y comprobó que se encontraba en una *dagarh, es decir,* en una de aquellas esféricas viviendas nativas de barro cocido.

Cerca de él, observándolo con interés, había dos personas: un hombre y una mujer.

La mujer era Bindrah, la dueña de la Casa del Amor. En cuanto al hombre…

—¡Lettera! —exclamó Kenorak. Y se incorporó de un brinco—. ¿Qué significa esto, que hace aquí? ¿Fue… fue usted quien me atropelló?

—Así es —respondió el italiano, con una enigmática sonrisa.

Kenorak se incorporó, y atenazó a Bindrah por los hombros.

—Supongo que él es tu amigo, acusó rabioso.

—Si.

—¡Debí suponerlo! Así… solo puedo suponer que me has traicionado —gritó con tanto coraje que el mismo se sintió sorprendido.

Bindrah se puso en pie. No parecía ofendida.

—Te equivocas, Kenorak. Pero empecemos por el principio… ¿No notas ningún cambio dentro de ti? —inquirió.

Kenorak parpadeó confuso.

¡Era cierto! Se sentía ahora absolutamente consciente, lleno de ímpetu, dominado por su propia voluntad, ansioso de entrar en acción.

—¿Vas entendiéndolo? Romano te trajo aquí. Te hemos retenido para ayudar a que pase el efecto de la última inyección que Widiard te puso. Para acelerar el efecto, Romano ha cambiado toda tu sangre por otra nueva y limpia —añadió Bindrah.

—¿Es posible? —gritó el agente de la SIP—. El… él es el hombre de confianza del coronel Widiard. ¿Por qué iba a ayudarme a mí? No puedo entenderlo.

—Lo entenderá rápidamente —dijo el propio Lettera—. Bindrah y yo estamos convencidos de que Widiard nos llevará a la catástrofe. Un día u otro la locura le impulsará a dar orden a la Base de Bagur-Sho de emprender la guerra contra los ocho planetas de la Confederación de Balentum, por que su ambición no tiene limites. Después intentara liquidar a su «socios» de Tenx-Akuch y Huyiax… Debe creerme Kenorak, yo mismo estoy aterrado. Widiard quiere convertirse en el emperador de la Vía Láctea.

Kenorak le taladró con una mirada.

—Pero usted instigó a Widiard para que me arrojase al foso de los

gleens. Deseaba mi muerte, no lo niegue —acusó.

Pero Lettera negó rápidamente aquella posibilidad.

—Diga mejor que *debía fingir* que deseaba su muerte. Widiard no se fía absolutamente de mi —confesó.

Kenorak reflexionó durante unos instantes, sin perder de vista al italiano y a la excitante Bindrah.

Si Lettera era sincero, podía suponer un magnífico colaborador en la tarea de anular a Widiard, el peligroso demente.

—Quiero saber algo, Lettera —resumió—. ¿Cuál es su objetivo final?

Romano dejó transcurrir unos segundos antes de contestar.

No sonreía cuando pronunció:

—No soy excesivamente generoso ni sentimental, es cierto. Por el contrario, tengo algunas apetencias. Es decir, me consideraría pagado por el IC si se me permitiera vivir en Tildrich libremente y se me entregase una cantidad que compense el peligro a que voy a exponerme, desafiando a Widiard.

—Eso no sería difícil. Pero entiéndalo bien, Lettera: si me ha engañado, si me traiciona, no vivirá para celebrarlo —prometió el agente del SIP.

Lettera se echo a reír.

—Vamos, no sea suspicaz. En realidad odio a Widiard tanto como Bindrah. Le ayudaremos, Kenorak, le ayudaremos de forma definitiva. Usted solo tendrá que eliminar a Widiard.

—Es curioso —murmuró Ben. Y miró rectamente al italiano—. ¿Por qué no le ha matado usted mismo? Goza de su confianza, se desenvuelve y se mueve libremente en su residencia.

Romano afirmó cínicamente:

—Debo decirlo claramente: le temo. Por otra parte, los nativos adoran al coronel, que ha sabido ganarse su voluntad con promesas engañosas. Si ellos supieran que he asesinado a Widiard, dudo mucho que me permitieran seguir viviendo.

Kenorak sonrió, entre iracundo y sarcástico.

—Ah, vamos. Usted es la clase de individuo que jamás da la cara... Está bien —decidió reflexivo—, estoy urdiendo un plan. El objetivo para anular a Widiard y conseguir tomar la subterránea Base de Bagur-Sho es... encontrar el lugar donde guarda sus drogas. Con ello, no dudaría en emplear los métodos de Widiard: le drogaría, como él hizo conmigo.

—Había imaginado que se le ocurriría esa idea, en cuanto recobrase su voluntad. Escuche: Widiard no sabe esto último. Usted puede volver a la residencia y penetrar en el jardín. Yo sé el lugar que él utiliza como escondite de sus diabólicos narcóticos...

—¿Cuál es?—preguntó Kenorak, ansioso.

—No creo que le agrade saberlo. El lugar es... el lago artificial de los *piriacs* — confesó el italiano.

Bindrah puso una mano sobre el brazo desnudo del agente del SIP.

—No podrás conseguirlo. Sería tanto como suicidarte, Ben! —gimió, desalentada.

Pero Kenorak tenía interés en obtener más franca información de Lettera.

—¿Cómo puedo estar seguro de que dice la verdad? Para recobrar ese lote de narcóticos, Widiard debería matar o desintegrar a esos asquerosos bichos —insinuó.

—Déjeme explicárselo. Lo descubrí una noche, por azar. Fui a buscar al coronel al jardín y le vi al borde del lago. Me detuve en silencio al comprobar lo extraño de su comportamiento: estaba vertiendo un frasco en las aguas...

Lettera aseguraba que, un momento antes, los voraces *piriacs* se agitaban violentamente en las aguas, ansiosos por arrastrar cualquier pieza al lago y devorarla.

—Pero apenas transcurrieron diez segundos, después de que Widiard vertiese el contenido de aquel pequeño frasco, cuando las aguas quedaron en calma. De todas formas, me sentí helado de espanto al ver que el coronel se desnudaba y penetraba en el lago. Volvió a salir poco después. Y traía un estuche hermético, blindado, en sus manos.

—¿Qué hizo con el estuche? —preguntó Kenorak, profundamente impresionado.

—Lo abrió, sacó algunos frascos, tornó a cerrar el estuche y… lo arrojó lejos, hacia la parte más profunda del lago… A partir de ahí, comprendí muchas cosas. La rígida obediencia de los oficiales, la perruna fidelidad de su guardia indígena… Todo. Widiard inyecta periódicamente su droga a todos aquellos a los que quiere mantener sojuzgados.

Kenorak dejó escapar un suspiro.

—Comprendo ahora que el llevar esos repugnantes y mortíferos *piriacs* al lago no suponía ningún capricho inútil… ¡Los monstruos guardan y defienden su secreto! —exclamó.

Lettera asintió con un gesto.

—Así es. Para penetrar en el lago, adormece a los *piriacs* con un poco de la misma droga, que se disuelve rápidamente en el agua. Más de una vez he pensado en una posible solución.

—¿Cuál? —preguntó el agente del SIP.

—Vigilar a Widiard, esperar la ocasión en que necesita algunos de sus frascos del estuche y… zambullirme en el lago, cuando él se hubiera alejado, para robar el estuche. Pero no me atreví. ¡Esos bichos me impresionan tanto!

—Comprendo —respondió Kenorak, despectivo—. Así que tendré que hacerlo yo y… sin narcotizar previamente a esos escualos. No podemos aguardar: Widiard se propone mandarme mañana mismo a la Tierra.

—¿Entonces? —preguntó Bindrah, expectante.

—Rescataré ese estuche y su contenido —dijo escuetamente el agente del SIP.

CAPITULO XII

Sería estúpido decir que no tenia miedo. En realidad, el espanto le obligaba a castañetear los dientes y, para evitarlo debía mantener fuertemente apretadas las mandíbulas.

Había penetrado en la residencia de Widiard, sin que los dos vigilantes indígenas demostraran desconfianza.

Pero no había ido directamente al lado de los *piriacs,* porqué Romano Lettera le había recomendado:

—Espere hasta que brille en el firmamento la tercera luna. Su luz es la más brillante y potente. Y créame, necesitará ver bien si quiere encontrar el estuche y escapar a los monstruos..

Ahora comenzaba a insinuarse ya la incipiente luz de la tercera luna, cuando todavía lucía, enrojecida, la segunda en el ocaso.

Pronto el fulgor del satélite fue en aumento y Kenorak comprendió que debía decidirse.

Había ocultado a Bindrah y al italiano que contaba con finos tubos lanza-rayos paralizantes, insertos bajo su piel en ambos antebrazos.

Así pues, se aproximó con cautela hasta el borde del lago. La luz de la tercera luna iba en aumento, y sus rayos traspasaban las aguas, de forma que el agente del SIP pudo entrever en el fondo, algunas sombras alargarlas, que acudían velozmente cuando su propia silueta se refleja en el agua..

Retiró sus brazaletes dorados., descubrió la boca del *stopper* de su brazo derecho y envió impulsos nerviosos concentrados hacia la célula cerebral.

Finísimos, como agujas ígneas, brotaron los rayos paralizadores. Tres, cuatro enormes *piriacs* detuvieron su fulminante trayecto y quedaron absolutamente inmóviles, a merced del movimiento de las aguas del lago.

¿No había más?

En verdad, no podía divisar el fondo del lago en toda su extensión, por que la tercera luna no estaba todavía en su cenit y sus

rayos oblicuos dejaban en sombras una cuarta parte de la superficie acuática.

Se desnudó en silencio, dejó sus ropas ocultas entre el follaje y penetró lentamente en el lago hasta sumergirse.

Nadaba solo con los pies, manteniendo avanzados sus brazos, de forma que le fuese posible disparar velozmente, en cuanto advirtiese el menor movimiento amenazador.

Entonces vio el estuche. Estaba en el centro geográfico del lago, parcialmente enterrado en el légamo del fondo. Sus aristas metálicas fulgían a la luz de la luna.

Dio una poderosa brazada, ansioso por alcanzar el estuche y salir del lago.

Súbitamente, dos monstruos surgieron de la zona en sombras.

Kenorak disparó sus dos *stoppers* a la vez. Hubo una convulsión en las aguas y las sombras de los escualos se alejaron.

Y en aquel instante algo golpeó su espalda brutalmente y una superficie tan áspera como lija rozó su espalda y arrancó su piel dolorosamente.

¡Otro *piriac* acababa de atacarle por la espalda! El monstruo debía haber fallado su ataque, y apenas le había rozado con su vientre, pero Kenorak se sentía al borde de su resistencia, conmocionado y casi asfixiado.

Se dejó caer sobre el fondo y sus pies tocaron el viscoso y repugnante légamo verdoso.

La sombra del escualo le previno. Célere como un proyectil, el animal volvió a la carga.

Kenorak disparó rabiosamente cuatro, cinco, seis veces.

Los tremendos coletazos convulsivos de aquel monstruo le despidieron lejos, y alzaron una nube de fango que enturbió las aguas.

Kenorak, desesperado, palpó el lodo a su alrededor. Y por fin, sus dedos tomaron el asa del estuche blindado.

Nadó hacia arriba, sintiendo que sus sienes palpitaban como si fuesen a estallar.

En la superficie, el aire penetró en tromba en sus pulmones, de

una ansiosa bocanada. Pero no se confió.

En la zona de sombras podía haber más de aquellos pavorosos *piriacs*. Inmediatamente volvió a sumergirse para dirigir una mirada a las aguas profundas y cerciorarse de que no iba a ser atacado nuevamente por los escualos.

Tuvo que nadar de espaldas, en lenta progresión vertical, que le agotó, antes de alcanzar la orilla.

En cuanto estuvo fuera, recuperó sus ropas y se internó en la espesura.

* * *

Boe Widiard maldijo en voz alta por tercera vez.

—¡Ese estúpido Kenorak! —gruñó impaciente.

El agente del SIP tardaba demasiado. ¿Por qué? El coronel estaba seguro de haberle inyectado la noche anterior una dosis suficiente de «avolicine».

Había visitado varias veces el nódulo Cinco, donde dormía Ben Kenorak. Pero el lecho estaba vacío.

Pidió a Hunx, su jefe de guardia indígena, que buscase a Keidra y se la trajese.

Keidra no sabía nada del agente del SIP.

Y Widiard le permitió que volviera al jardín, donde la había encontrado Hunx.

—Kenorak ha debido hartarse de *qyld* hasta emborracharse. Y seguramente habrá caído en la tentación de visitar La Casa del Amor —razonó, con el único fin de vencer la ira que, poco a poco, se iba despertando en su corazón.

Tal vez debiera tratar a Kenorak con una dosis más fuerte de «avolicine», con el fin de tenerlo más sujeto.

Se alzó del lecho y abrió su caja de seguridad. Sacó un frasco y comprobó, enfurecido, que apenas quedaba líquido suficiente para media dosis.

Llamó a gritos a Hunx y le ordenó:

—Envía a todos tus hombres a buscar a Kenorak. Que registren las tabernas, La Casa del Amor, todo... ¡Quiero que me lo traigan inmediatamente! No volváis, si no es arrastrando a Kenorak... ¡Largo!

Esperó a que Hunx desapareciese. Y luego abandonó su dormitorio, cruzó los pasillos que intercomunicaban los nódulos y salió al jardín.

Keidra no estaba a la vista. Ella odiaba la proximidad del lago y siempre solía pasear al otro lado del jardín, en la zona más boscosa e íntima.

Anduvo aprisa, hasta llegar a la orilla del lago.

Algunos cuerpos fusiformes, de vientres blanquecinos y gran volumen, flotaban sobre las aguas.

—¡Mis *piriacs*!... —bramó Widiard, descompuesto—. ¿Cómo es posible que estén...?

Tres sombras monstruosas se aproximaron a la orilla; Widiard se tranquilizó.

Destapó el frasco y vertió su contenido en el agua. Luego esperó hasta contar diez segundos.

Entonces se desnudó, arrojó la ropa al suelo desordenadamente y se zambulló.

Poco después emergía de las aguas. Jadeaba con esfuerzo y su rostro se había tornado tan pálido como la segunda luna de Tildrich, ya en su ocaso.

—¡Maldita, maldita!... —barbotó—. La mataré.

* * *

Keidra se estremeció de espanto al sentir sobre sus hombros las manos frías y húmedas.

Reprimió un grito de terror, se volvió y vio a Kenorak.

Un suspiro de alivio brotó de entre sus carnosos labios.

—¡Eras tú!... —exclamó, conmovida y tranquilizada—. Temí tanto por ti...

Kenorak la besó dulcemente y acaricio sus rubios cabellos.

—Nada hay que temer —respondió—. Dentro de pocas horas todo habrá cambiado. ¿Te gustaría viajar conmigo a la Tierra, vivir juntos hasta el fin de nuestros días?

—¡Kenorak! ¿Es posible que hables en serio? —exclamó Keidra, temblorosa de emoción.

—Creo que jamás hable tan en serio en mi vida —respondió. Y alzó el estuche.

Keidra se mordió los labios de espanto.

—¿Reconoces este estuche, lo viste alguna vez? —Inquirió Ben.

—Si, —asintió ella—. Eso significa que te has zambullido en el lago de los *piriacs…,* ¡Xaliboboh nos proteja! ¿Cómo has sido tan insensato? ¡Esos monstruos…!

—Serénate, conseguí adormecerlos.

—Pero… Tu ropa está manchada de sangre —gimió Keidra, contemplando sus dedos, impregnados del rojo y viscoso liquido.

—Nada importante. Un simple refregón. Ya tendrás tiempo de curarme. Ahora quiero que me expliques por qué conoces este estuche —exigió Kenorak con suavidad.

—El… Widiard… Bueno, le sorprendí en una ocasión sacando el estuche del lago. No comprendía como los *piriacs* le habían respetado.

—¿Sabes que contiene?

—Lo imagino.

—En tal caso…

Se interrumpió. En alguna parte del jardín, Widiard llamaba a gritos:

—¡Keidra, Keidra!

Ella miró a Kenorak como si buscase amparo y protección.

—Será mejor que te vayas… Widiard haría registrar el jardín si no te reúnes con él. No temas. Regresaré contigo en cuanto pueda.

Ella le miró fugazmente y se alejo, desapareciendo entre la espesura.

Entonces Ben abrió el estuche y miró su contenido. Había catorce frascos de cristal marcados con una sencilla etiqueta de papel:

«Avolicine. 30 cc.»

Había también un estuche de jeringuillas para inyecciones, en plástico, con un juego de agujas.

Tomó una de las jeringuillas, abrió el frasco y absorbió del líquido hasta la zona graduada. Puso una aguja hipodérmica en el cono y ocultó la jeringuilla en la mano.

Entretanto, Keidra se reunía con el coronel Widiard a la entrada de uno de los nódulos.

La cólera, el odio y la locura latían dentro de Boe Widiard, pero supo contenerse cuando la mujer llegó junto a él y preguntó:

—¿Me llamabas?

—He gritado tu nombre cien veces. En fin, ven conmigo —Widiard la tomaba por la cintura y la empujaba hacia dentro—. ¡Puah, otra vez huele tu cuerpo a esas asquerosas flores! Será mejor que te bañes. Puedes utilizar el de mis habitaciones, también me disponía a bañarme antes de dormir. Luego hablaremos.

—Pero…

—Báñate primero, ordenó él, tajante.

La predeció por los pasillos hasta el nódulo Uno y la guió hasta la gran puerta de cristal que utilizaba el mismo.

Keidra se desnudó, sumisa.

Y de repente, Widiard la empujó ferozmente.

Keidra exhaló un alarido. En cuanto el agua la acogió, una tufarada de vapor amarillento llenó la habitación.

Keidra se debatió agonizante en el baño de acido.

El coronel permaneció allí unos minutos hasta que el agua dejó de bullir. Luego salió y se dirigió al jardín.

En el pasillo se detuvo de repente tan rígido como una estatua de

piedra… ¡Kenorak avanzaba hacia el!

Llevaba el maletín en una mano y en sus movimientos había una rapidez sospechosa. ¡Kenorak había recuperado la voluntad!

—¡Quieto ahí! —gritó exasperado—. ¡Dame ese estuche! ¡Es *mío*!

Pero Kenorak no se detuvo ni le entregó lo que pedía.

Widiard retrocedió espantado.

«!Estúpido de mí!», pensó, porque había dado órdenes a Hunx que ninguno de los guardianes indígenas volviese a la residencia si no era trayendo con ellos a Kenorak.

Y ahora estaba solo, espantosamente solo, frente al agente del SIP.

—¡Detente, Kenorak! —volvió a chillar—. ¡Veo en tus ojos un brillo homicida! ¡Estás deseando matarme!

Kenorak alzó su brazo izquierdo.

—No le mataré, Widiard… porque le necesito —dijo.

El rayo rojizo de su *stopper* izquierdo alcanzó al coronel en el pecho y le derribó.

Entonces Ben se inclinó sobre él, le pinchó en la vena de un brazo y descargó lentamente la jeringuilla en su corriente sanguínea.

CAPITULO XIII

Widiard yacía sobre su lecho, fuertemente sujeto. Tardaría pocas horas en volver en sí. Pero entonces el coronel carecería ya de voluntad propia.

Kenorak se sentía inquieto.

Había tomado en sus manos uno de aquellos fusiles desintegradores, encontrado en el dormitorio de Widiard.

Había buscado a Keidra por todas partes, tras comprobar que ninguno de los guardianes *de corps* del coronel se encontraba en el nódulo principal. Pero no había encontrado a la bella mujer de Venus por ninguna parte.

¿Habría huido?

—Eso sería absurdo —razonó—. Ella me ama.

De repente, se le ocurrió la terrible idea... ¿Era posible que Widiard hubiera disparado sobre ella con uno de los fusiles desintegradores?

Obsesionado, fuera de sí, registró de nuevo todos los nódulos, buscando una mancha blanquecina' de polvo, una huella de la desintegración de un cuerpo humano.

Pero no encontró nada de ello.

Kenorak sabía que estaba viviendo unas horas críticas. Si los guardias volvían a la residencia antes de que el coronel hubiera vuelto en sí, tendría que disparar contra ellos su fusil desintegrador, y posiblemente terminaría igualmente alcanzado por los de los nativos.

Salió al jardín de nuevo.

El sol estaba saliendo ya, como si ansiase empujar a la última luna de Tildrich hacia el otro hemisferio del planeta.

Registró de nuevo la espesura, llegó hasta el foso que circundaba la residencia.

«*sif*», la serpiente, elevó su cabeza fuera de la guarida al adivinar la presencia del hombre.

Kenorak, asqueado, elevó el fusil y disparó. Surgió un resplandor azulado y unos polvillos blanquecinos cayeron lentamente al fondo del foso. «*sif*» había desaparecido para siempre.

Volvió extenuado, al nódulo Uno.

Widiard lanzó un gemido y se removió en el lecho circular.

Rápidamente, Kenorak soltó sus ataduras y le incorporó.

Le observó con atención. No, no había ya aquel brillo orgulloso en los ojos del coronel. La droga había hecho su efecto.

—Levántese, Widiard, —ordenó.

—Si —respondió aquel. Y obedeció.

—Quiero saber donde está Keidra. ¡Vamos, responda! —grito encolerizado—. ¿Qué ha hecho con ella?

Widiard le miró con expresión indiferente y lejana.

—K-e-i-d-r-a —silabeó con lentitud.

El agente del SIP le zarandeó con violencia. Pero no obtuvo ninguna respuesta.

—Está bien, suspiró—. Lléveme hasta el centro de telecomunicaciones espaciales.

—Si —murmuró el loco. Y se puso en marcha.

Cruzaban los pasillos de intercomunicación cuando hasta ellos un aullido estremecedor.

—¡«Krunch»! —gritó Kenorak, demudado.

Por que una horrible sospecha se estaba concretando en su mente… KEIDRA, ARROJADA AL FOSO DONDE ESTABA EL MONSTRUO GLEEN…

—¡Dígalo! —gritó descompuesto—. Por qué aúlla «Krunch»?

—Tiene hambre —respondió Widiard inexpresivo.

Kenorak le empujó brutalmente hacia el «circo».

Y ante el foso, se distanció un tanto del coronel y miró hacia abajo. «Krunch» se agitaba, impaciente, ansioso por recibir su pitanza.

No, no había rastro de… piltrafas, ni de sangre.

Entonces empujó a Widiard y abandonaron el nódulo. Caminaron hacia el norte, a lo largo de un camino de tierra endurecida, y llegaron a los edificios prefabricados de telecomunicaciones espaciales.

—Diga que quiere ver a Kurt Kordmann, el ingeniero —ordenó al coronel, después de recargar su jeringuilla de «Avolicine».

—Si —respondió Widiard con voz monótona.

El vigilante que montaba guardia a la puerta se apartó respetuosamente, cuando ambos penetraron en la construcción.

Kordmann estaba en la cama, pero saltó a recibirles unos minutos después, con los canosos cabellos alborotados.

—Dispóngase a radiar un mensaje urgente a la Tierra —dijo Kenorak.

—Pero…

Es orden del coronel Widiard, ¿No es cierto, coronel? —insistió Ben, tenso.

—Si —asintió el loco.

Sin embargo, Kordmann parecía desconfiado. Observaba sin pestañear a Widiard, y no pareció muy dispuesto a obedecer.

Entonces Kenorak le golpeó en la cabeza y le arrastró hasta la cabina de comunicaciones.

Dispóngase a indicarme brevemente al manejo de estos aparatos y la clave para transmitir con el IC —exigió el agente del SIP.

—Si. Es fácil. Se conecta el emisor de láser. Así. La clave…

Poco después, Kenorak enviaba un mensaje urgente.

—¡Atención, Tierra, atención, Tierra! —decían las señales transmitidas a través del rayo láser—. Habla Ben Kenorak, desde la Base Uno de Tildrich. Tengo a Widiard en mi poder y la situación puede ser dominada en pocas horas. Sin embargo, solicito envíen con urgencia una brigada de apoyo. Deben evitar la zona activada por armas macro-desintegradoras, entre Huyiax y Tenx-Akuch. El punto optimo de aterrizaje se encuentra en las estribaciones de Kil-Edra, situación…

Tardó más de veinte minutos en terminar el largo mensaje de emergencia, en el que se incluían instrucciones para que el IC iniciase conversaciones amistosas con la Confederación de Bailentum, tendentes a hacer comprender a las autoridades de los «ocho planetas» que la rebeldía en Tildrich había sido encabezada por un fanático, por un demente peligroso.

Kordmann volvía en sí cuando Kenorak descubrió uno de sus brazos y le inyectó en la vena el contenido de su jeringuilla.

—Aprisa, coronel —empujaba a Widiard hacia afuera:—. Dígale al suboficial de vigilancia que pida un *trans*, y que dispongan el «Sky-Arrow» para realizar un viaje a Bagur-Sho.

Widiard cumplió la orden con indiferencia.

El *trans* llegó poco después y les condujo hasta la aerobase próxima, donde esperaba Prentis, el piloto de Widiard, junto al veloz «Sky-Arrow».

—Vamos a Bagur-Sho —dijo el coronel.

—¿Sin sus guardias, coronel? -—preguntó Prentis, extrañado.

—Él coronel ha decidido prescindir de ellos. Yo mismo me ocuparé de su seguridad a partir de ahora, ¿no es cierto, coronel? —preguntó Kenorak, mirando a Widiard.

—Así es, Prentis —respondió el jefe militar de Tildrich.

—Muy bien. Suban.

El viaje apenas duró media hora. El sol lucía ya muy alto cuando el «Sky-Arrow» descendió sobre la gran explanada gris.

Abandonaron el vehículo. Prentis, como la vez anterior, quedó en él.

A alguna distancia, Kenorak ordenó a Widiard que se detuviera.

—Conecte su comunicador y pronuncie la combinación —indicó.

—¿La combinación? No... no puedo recordarla —murmuró el loco.

—Vamos, Widiard... —exclamó, palideciendo intensamente—, usted es inteligente, tiene una excelente memoria. ¡Tiene que recordar o... le desintegraré!

El coronel cerró los ojos, atemorizado. Luego, apoyó una mano sobre la frente y se concentró en el recuerdo.

—Debe ser… Kogool… Número 316-23-Kogool-998-021 —terminó fluidamente, de un tirón.

—Bien. Conecte el comunicador y repita el número. Si no es correcto, si algo falla… Bueno, usted morirá antes que yo —murmuró.

Widiard elevó el comunicador y repitió la combinación, sin vacilar.

La tierra se abrió a cincuenta metros de ellos, se oyó un zumbido y la cápsula elevadora emergió hasta la superficie.

Avanzaron y penetraron en el aparato. En cuanto comenzaron a descender, Kenorak advirtió al coronel:

—Estas son mis instrucciones. Memorícelas y ordene que se cumplan. Diga al capitán Dewson que dé órdenes a sus hombres para que los macro-desintegradores sean desmontados, y los misiles nucleares, inutilizados. Se precintará el almacén de cartuchos nucleares y se destruirá el centro de comunicaciones. Los quinientos hombres de guarnición en los silos permanecerán en Bagur-Sho hasta nueva orden. Repítalo, desde el principio.

Widiard obedeció, sin equivocarse en una sola palabra.

—Magnífico, veo que está recobrando la memoria. Tal vez ahora sepa decirme dónde está Keidra. ¡Vamos, esfuércese en recordar!

El coronel se estremeció.

Y luego, con voz lenta y monótona, fue relatando su horrible crimen.

—Cuando comprobé que el estuche no estaba en el fondo del lago, sospeché de Keidra. Ella me había sorprendido en una ocasión, cuando yo salía del lago con el maletín en las manos. Había observado un profundo cambio en ella durante los últimos días. Imaginé que Keidra se había enamorado de usted y me había traicionado informándole a usted de mi secreto. Entonces decidí matarla.

—¡Widiard!… —gritó Kenorak, rechinando los dientes—. ¿Habrá sido capaz de…?

Pero el coronel seguía hablando sin escuchar, al parecer, la voz del agente SIP.

—No me gusta derrochar las cargas de los fusiles desintegradores, excesivamente escasas y caras. Entonces pensé en el baño de ácido. Prepare el baño, salí al jardín y llame a Keidra. Ella vino hacia mí, confiada. Le dije que me desagradaba el olor a flores que impregnaba su cuerpo, y le ordené que se bañara enseguida. Podía hacerlo en mi propio baño. Ella ni siquiera se atrevió a oponerse a mi «capricho». Cuando se desnudó, la empujé con fuerza… El ácido hizo el resto.

Kenorak dejó escapar un sollozo desgarrador. Luego mientras el elevador seguía descendiendo, dejó de llorar bruscamente y, atenazando a Widiard por el cuello, empezó a apretar.

—¡Asesino, asesino…! —murmuraba entre dientes.

Le soltó, de repente. Sobre su ansia de venganza estaba su deber. Si mataba a Widiard, no podría domina la Base de Bagur-Sho.

El coronel respiraba con dificultad, pero estaba vivo.

Poco después, el elevador se detuvo en la bóveda central y Boe Widiard repetía las instrucciones de Kenorak ante el capitán Dewson.

CAPITULO XIV

El peligro había sido abortado.

Todos los centros de Daganhga y Bagur-Sho estaban dominados por Ben Kenorak, a través del fanático Widiard, a quien mantenía en su residencia, sujeto a la acción de aquella droga poderosa, que el propio coronel había inventado.

Las astronaves del IC tardarían, como mínimo, dieciséis días en alcanzar las estribaciones de Kil-Edra.

Entretanto, un mínimo de cautela aconsejaba a Kenorak la necesidad de mantener con vida al coronel Widiard.

Jamás había sentido tanto odio contra una persona, nunca había aborrecido Ben a nadie como aborrecía aquel loco asesino.

Kenorak había llorado mucho, en la soledad de su nódulo. Pero ya no debía pensar en Keidra, en la dulce y bellísima muchacha de Venus, de rostro carnoso y tierno, de cabellos rubios como el oro, de labios palpitantes y amorosos.

Debía pensar en la seguridad de Tildrich, que solo conseguiría mantener si Widiard seguía con vida.

Había realizado algunos cambios, en la extensa residencia del delegado de la Internacional Council.

Había exterminado, rabioso, a todos los monstruos que Widiard había reunido en aquel lugar.

Había fulminado, una por una, a todas las serpientes que defendían la muralla. Y también a «Krunch», el espeluznante lobo tildrichen, e incluso a los repugnantes *piriacs* del lago.

En Tildrich existían bellas aves y animales inofensivos y bellos. Pero la retorcida imaginación de Widiard sólo admitía aquel pavoroso Zoo de Monstruos.

Sin embargo, la guardia nativa del coronel vigilaba la residencia en toda su extensión, día y noche.

Kenorak había transmitido a Hunx, a través de Widiard, unas órdenes terminantes:

—No se permitirá la entrada en la residencia a ninguna persona, ajena a la guardia indígena.

Ni siquiera había admitido la entrada de Bindrah y el italiano Lettera, que habían intentado entrevistarse con él, por todos los medios.

El comunicador de Widiard lucía siempre con su luz intermitente. Kenorak conectaba, e invariablemente escuchaba las voces de la mujer o del italiano, unas veces suplicantes, otras amenazadoras.

—¿Kenorak? No puede seguir fingiendo. Sabemos que está ahí dentro, con el coronel. ¿Por qué no lo elimina?

—¿Porqué nos niegan la entrada?

—Por favor, Kenorak, soy yo, Bindrah. Te lo suplico, permite que entre yo sola. Debemos hablar. Tienes que...

Pero Kenorak no contestaba. No podía fiarse, sencillamente, hasta que llegara la brigada espacial del IC.

Permanecía muchas horas del día pendiente de las noticias del ingeniero de telecomunicaciones Kordmann, al que mantenía bajo la acción de diarias inyecciones, al igual que a la guardia indígena y al propio coronel.

Kordmann permanecía a la escucha, atento a recibir el mensaje que anunciase la llegada de la brigada IC.

En cuanto al coronel Widiard, seguía indiferente a todo, siempre sumiso, preso del mismo destino que él había señalado para otros.

De repente, un día, Kordmann le avisó, a través del comunicador:

—¡Atención, señor Kenorak, atención! Acabo de recibir varios mensajes del general Dinard, comandante de la Brigada espacial 230 del IC. Seis astronaves del Consejo Ineternacional acaban de aterrizar en Huro, y se dirigen a Daganhga, en vehículos de superficie.

Kenorak exhaló un suspiro. ¡Al fin podría alejar la responsabilidad lejos de sí!

Pero el comunicador seguía destellando. Lo conectó, y escuchó. Era Bindrah.

—¡Kenorak, por favor! Estamos angustiados... ¡Estás vivo! ¡Responde!

—De acuerdo, Bindrah —respondió el agente del SIP—. Ordenaré a Widiard que autorice tu entrada a la guardia.

El coronel se encontraba en el nódulo Uno, tan apático e indiferente, que su aspecto impresionaba.

Kenorak dejó su fusil desintegrador sobre el lecho, y dio su orden a Widiard, que la transmitió por el comunicador, sin cambiar de expresión.

Bindrah penetró, poco después, en el gran nódulo Uno. Pero no venía sola: le acompañaba Romano Lettera, que tenía un fusil desintegrador en su poder.

¿Cómo lo había conseguido? Kenorak se encogió de hombros... Probablemente, el italiano poseía el arma cuando aún era el hombre de confianza del coronel.

Bindrah estaba bellísima.

Vestía una túnica transparente, azul, que contrastaba fuertemente con su piel cobriza. Sus senos podían contemplarse fácilmente, a través del sutil tejido.

—¡Al fin! —gritó ella—. ¡Temí tanto por ti, Kenorak! Centenares de temerosos augurios pasaron, durante estos días, por mi imaginación.

Kenorak se puso en pie, y Bindrah corrió hasta él, le abrazó y le besó. Pero a Ben le repelió la caricia, aunque no pudiera explicarse el motivo.

Entonces, Bindrah se separó de él, ofendida.

—No me gusta que estés aquí con ese fusil, Lettera... ¡Déjalo caer! —ordenó el agente del SIP.

Pero el italiano rió despectivo.

—¿Por qué? —preguntó con petulancia—. Tengo derecho a usarlo, ¿no? Y somos socios.

—¡Tíralo! —repitió Kenorak, extendiendo su brazo derecho en dirección a Lettera.

Pero el italiano elevó velozmente su fusil. Antes de que pudiese disparar, Ben activó su *stopper* láser, y le derribó en tierra, inconsciente.

—¿Por qué lo has hecho?' —inquirió—. No debiste provocarle. Remano es un hombre fiel….

El hombre del SIP dejó escapar una carcajada burlona, que nada tenia de alegre.

—Me das pena, Bindrah. ¿sabes a que me he dedicado estos largos días de soledad? He revisado el archivo del coronel Widiard. Ha sido un pasatiempo interesante e instructivo, porque me ha permitido averiguar muchas cosas.

Bindrah le miró con temor.

—Ahora se, por ejemplo,, que el coronel ordenó asesinar a dos de mis compañeras del SIP, Georgy Balch y Arthur Hirraney, que habían venido a Tildrich a realizar una investigación sobre Widiard, ese loco fanático que ahora me obedece como un niño. Pero sé que Widiard obro instigado por Romano Lettera, tu «hombre fiel»,, que solo es un asesino nato.

Kenorak seguía hablando sin mirar a La mujer. Y aprovechándolo, Bindrah comenzó a retroceder lentamente hacia el lugar donde yacía el italiano, de bruces sobre su fusil desintegrador.

—Pero había más datos, muchos más, en el archivo de Widiard. También se hablaba de ti Bindrah. Porque… ¡precisamente tu infiltraste, en su mente enferma, la loca idea de dominar Tildrich!

Bindrah se detuvo, rígida.

—¿Cómo tu, un hombre inteligente, puede pensar tal tontería? —clamo, violenta—. No olvides que fui yo quien avisó al IC de los proyectos independentistas del coronel.

—Fue un ardid muy sutil, para cubrirte en el caso de que la sublevación de Widiard fracasara. En sus documentos secretos, Widiard te describe como a una mujer astuta, egoísta, ambiciosa, de mentalidad retorcida, diabólica… te alejó de este lugar, cuando comprendió que tu terminarías traicionándole. Y pensaba bien, puesto que te uniste a Letrera. No apuntabas muy bajo, querida Bindrah… ¡Querías erigirte en emperatriz de Tildrich!

Bindrah seguía alejándose de Kenorak, aproximándose a Lettera y a su arma. Porque el hombre del SIP parecía distraído, manoseando su comunicador.

—Fue una divertida historia aquella que me contaste acerca de tu esposo, el príncipe Katia, asesinado por soldados de Widiard. Una

historia tan falsa coma la de que te sentías preocupada por mí… ¡cuando en realidad lo que pretendías era asesinarme, cuanto antes!

De repente, Lettera se puso en pie de un salto. Había recobrado el conocimiento unos minutos antes, pero había fingido, con la esperanza de sorprender a Kenorak.

Y estuvo a punto de conseguirlo, porque su disparo fulminó el lecho, una décima de segundo antes de que Ben recogiese su fusil y rodase violentamente por el suelo.

El italiano volvió a disparar, aterrado. Y alcanzó a Widiard, que contemplaba la escena, indiferente, apoyado en el muro.

La silueta del coronel se transformó en un destello azulado y, posteriormente, en polvillo fino, que cayó a tierra.

Un poco más allá, Kenorak comprendió que tendría que disparar, si quería sobrevivir. Y disparó dos veces.

Las siluetas de Bindrah y el italiano se esfumaron con un resplandor intenso. Luego, nada. Todo había terminado.

Las tropas del IC llegarían unas horas después, y dominarían la situación por completo.

Kenorak, que había llegado a Tildrich con una sonrisa en los labios, se iba a marchar del planeta con un amargo regusto en la boca.

Bueno. Tal vez la guapa Perla Bwangah supiese consolarle. Y si no, también estaban Luisa Moore o Terry McIntire.

Tal vez consiguiese olvidar a Keidra, la mujer de Venus.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.